

personalidad en el marco de la sociedad dividida en clases: «La estructura de una personalidad es una configuración relativamente estable de las principales líneas motivacionales, jerarquizadas dentro de sí. Se trata de que es incompleto describirla como ‘orientación de la personalidad’, y es incompleto porque, incluso cuando existe en el hombre una clara línea rectora de la vida, ella no puede mantenerse como única. El servir al fin elegido, a un ideal, no excluye ni absorbe en absoluto otras relaciones vitales del hombre, las que, a su vez, forman motivos generadores de sentido. Hablando metafóricamente, la esfera motivacional de la personalidad siempre posee una pluralidad de cimas, lo mismo que el sistema objetivo de conceptos axiológicos que caracteriza la ideología de una sociedad, de una clase dada, de una capa social que se comunica y es asimilado (o rechazado) por el hombre.

Las correlaciones internas de las líneas motivacionales dentro del conjunto de las actividades del hombre forman algo así como un ‘perfil psicológico’ general de personalidad. A veces este se conforma caracterizándose por su chatura, por su carencia de verdaderas cimas, entonces es cuando el hombre toma lo pequeño que hay en la vida por grandioso, en tanto que ni siquiera ve lo grande. Esa pobreza de la personalidad puede, en determinadas condiciones sociales, combinarse con la satisfacción de un conjunto desmedidamente amplio de necesidades cotidianas. En esto, dicho sea de paso, consiste la amenaza psicológica que entraña la moderna sociedad de consumo para la personalidad del hombre.»¹⁹

1 Antidühring. Engels. Ed. Cartago. Vª Ed. Pág. 73

2 Engels. G. Mayer. Ed. Intermundo. Págs. 161/162

3 Tras las Huellas del Materialismo Histórico. Perry Anderson. Ed. Siglo XXI. Págs. 36 - 37.

4 El materialismo histórico y la filosofía de Benedetto Croce. Ed. Nueva Visión. Págs. 18 y 19.

5 La enfermedad infantil del «izquierdismo» en el comunismo. Lenin. O.O.E.E. en 4 Tomos. Tomo IV. Ed. Problemas. Pág. 403.

6 El materialismo histórico... Pág. 106.

7 La enfermedad infantil... Lenin. O.O.E.E. en 4 Tomos. Ed. Problemas. Tomo IV. Págs. 325/326

8 El materialismo histórico... Pág. 10

9 Cit. En El problema del Inconciente. Filipp Bassin. Ed. Granica, 1972. Pág. 262. Siguiendo esta definición de Leontiev, para referirnos al psiquismo en su grado de desarrollo actual usaremos la expresión *hombre clasista*, en contraposición al hombre nuevo.

10 Marxismo y Teoría de la Personalidad. Lucien Sève. Ed. Amorrortu. Pág. 148

11 O.O.E.E. de Lev. Semionovich Vigotsky. Tomo I. Ed. Visor. Pág. 19

12 Marxismo... Lucien Sève. Págs. 237/238

13 Ibid. Pág. 358

14 La modificación socialista del hombre. Artículo publicado en «La Genialidad y otros textos inéditos». Lev Vigotsky Ed. Almagesto. Pág. 110

15 Actividad... Pág. 142

16 Ibid. Pág. 65

17 Ibid. Pág. 160

18 Revista digital «Resistencia Internacional» No. 25 del 5/12/00. Página oficial de FARC-EP.

19 Actividad... Pág. 181

EL EGO Y EL YO

Definiciones

De las definiciones más generales sobre el papel de la personalidad en los procesos sociales, hemos avanzado hacia la estructura de la personalidad como producto histórico. Hemos visto que en toda actividad influyen motivos dotantes de sentidos y motivos estímulos, siendo los primeros jerárquicamente superiores a los segundos y por lo tanto, *determinantes del conjunto de la personalidad*. En este sentido, definimos que las múltiples motivaciones de la actividad humana pueden ser, llevadas a su máximo grado de abstracción, clasificadas en dos grandes grupos: de un lado las originadas en el *interés personal, egoísta*, del otro, aquellas que se fundamentan en el *amor en general y del amor revolucionario* como su expresión más acabada. Sobre la base de lo expuesto es posible establecer una clara diferenciación entre lo que podríamos llamar dos *tipos básicos de estructuración de la personalidad*, fundamentados en uno u otro sustrato motivacional respectivamente a los cuales denominaremos **ego** y **yo***. Los conceptos de ego y yo aluden a motivos dotantes de sentido diametralmente opuestos y mutuamente excluyentes.

Como vemos el concepto de ego designa una forma básica de estructuración de la

* Una aclaración respecto al uso de los términos: Hablaremos de **ego** al referirnos al conjunto de elementos que forman el “esqueleto” de la personalidad egoica, así como a sus expresiones concretas. Desde el sentido común el ego es asociado a actitudes como la codicia, el machismo, la fanfaronería, el vedettismo, la soberbia. Por ejemplo, hace tiempo una publicidad televisiva se preguntaba “¿qué necesitan los hombres de negocios?”, mientras la cámara enfocaba la palabra “negocio”, concentrándose en las tres letras que forman la palabra “ego”.

En contraposición con el ego se designa a la otra estructura con el nombre de **yo**, aludiendo al sistema básico que conforma la personalidad conocida como hombre nuevo. Esta elección no es casual, ya que se apunta a reflejar el carácter *auténtico* que en el yo adquieren los sentimientos, en contraposición con el ego, sistema en el cual el interés personal ejerce un efecto distorsivo.

La idea que sostiene esta designación es que sólo en la construcción de la personalidad guiada por la conciencia social puede haber un verdadero autorreconocimiento, un despliegue superior de sus potencialidades, una pureza en lo afectivo, de lo que el ego representa un obstáculo.

personalidad, cuya característica fundamental es la de estar regida por el interés egoísta. El interés personal aparece en un momento histórico de la humanidad, en el cual el origen de la división del trabajo promueve la evolución del lenguaje, la conciencia y la autoconciencia. La burguesía es la clase que en la historia representa al ego de manera más acabada, más depurada. Marx en los Manuscritos del 44 ya destacaba este aspecto «El único motivo que determina al poseedor de un capital a emplearlo más bien en la agricultura o en las manufacturas(...) es el punto de vista de su propio beneficio.»²⁰ Este interés personal no se circunscribe necesariamente al individuo. Ludwig Feuerbach, en un párrafo de su «Esencia del Cristianismo» destacado por Lenin, aclaraba que «No hay solo egoísmo singular o individual, sino también egoísmo social, egoísmo familiar, egoísmo de corporación, egoísmo de comunidad, egoísmo patriótico.»²¹

El reinado del ego en el mundo comienza a declinar con el derrocamiento de la burguesía y la llegada del pueblo al poder.

El yo es una categoría con la que aludimos a un sistema superior de regulación de la actividad humana, cuyo rasgo esencial es la capacidad para motivarse por amor en general y por el amor revolucionario como su expresión más acabada. El Che destacaba en «El socialismo...» esta característica como esencial a la actitud revolucionaria: «Déjeme decirle, a riesgo de parecer ridículo, que el revolucionario verdadero está guiado por grandes sentimientos de amor. Es imposible pensar en un revolucionario auténtico sin esta cualidad.» Este amor está dialécticamente vinculado con el odio de clase. El Che en su «Crear dos, tres... muchos Vietnam es la consigna» precisaba el rol de «El odio como factor de lucha, el odio intransigente al enemigo(...) un pueblo sin odio no puede triunfar sobre un enemigo brutal».

Claro está que no todas las personalidades nobles adhieren a la causa revolucionaria, el yo es la estructura básica de toda persona capaz de sentir el dolor de quien sufre, de tener actitudes solidarias.

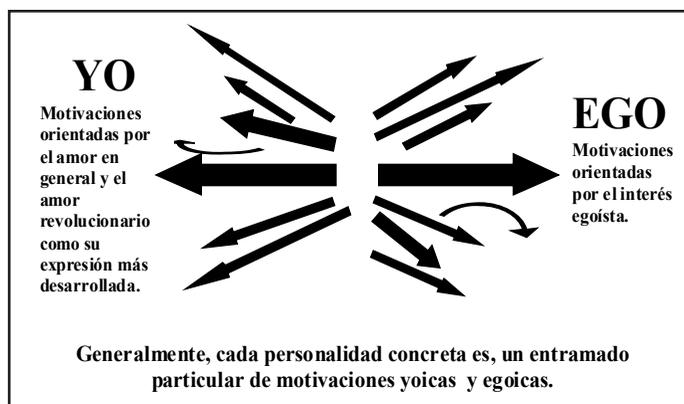
El sistema de personalidad denominado hombre nuevo está conformado por actitudes revolucionarias de manera coherente y es la expresión más depurada del yo. Sin embargo, la actitud revolucionaria se puede encontrar entrelazada en las más variadas conformaciones de personalidad.

El yo comienza a desarrollarse a escala masiva en la última etapa de la sociedad dividida en clases y alcanzará su pleno desarrollo en la comunista. Su pleno despliegue es condición de la extinción del estado socialista y la consecuente autorregulación de la humanidad al margen de cualquier estado.

Para comprender cómo se expresan estas estructuras imaginemos la personalidad como una trama de actitudes. Este entramado tiene (por lo general y en su actual estado evolutivo) aspectos contradictorios, zonas donde aparece predominantemente una orientación yoica y otras ganadas por el ego. Esta red se configura de manera tan particular como diferentes son las personalidades entre sí (Fig 2) y marca a fuego la dinámica de todo el sistema. Estas estructuras básicas son al conjunto de la personalidad lo que es el esqueleto al cuerpo: lo que le da sostén, forma y consistencia

En la etapa actual el ego puede expresarse en forma pura, por ejemplo, en el caso de las psicopatías graves*. La estructura yoica se presenta con gran pureza en casos puntuales, como en la personalidad del Che. La personalidad concreta de los desposeídos suele tener rasgos de uno y otro principio regulador, aunque las condiciones de vida del trabajador le dan pocas posibilidades para el desarrollo del ego. Del otro lado los burgueses constituyen un tipo de personalidad fundamentalmente egoico, con aspectos yoicos rudimentarios.

Fig. 2: Yo y ego, dos direcciones contrarias de las motivaciones



* Los *psicópatas* carecen de empatía (que como veremos es la capacidad de ponerse en el lugar de otra persona). Suelen ser insensibles, cínicos y tendientes a menospreciar los sentimientos, derechos y personalidades de los demás. Engreídos y arrogantes, se complacen con el dominio sobre los demás. Estos sujetos, por extraño que pueda parecer a las personas que desconozcan la psicopatología, no padecen de alteraciones psiquiátricas. Aunque presentan malestar personal, tensión acumulada, no superan la frustración y por ello se deprimen con facilidad.

En el proceso de transformación del hombre de las sociedades clasistas al hombre nuevo, el ego representa lo viejo y el yo lo nuevo, el desarrollo de un aspecto implica necesariamente el declive del otro: cada acto en un sentido aleja a la personalidad del otro. La personalidad egoísta es la expresión concreta de una estructura básica egoica, así como la personalidad del hombre nuevo lo es de la estructura yoica. La comprensión profunda de la significación de estas dos bases estructurales de la personalidad requiere del análisis de la trama de relaciones que las determina. Comenzaremos por algunos puntos nodales para comprender el tema del egoísmo.

Nietzsche y Freud Acerca del Egoísmo

El primer punto que hay que despejar al profundizar en este tema es el velo que le imponen las visiones metafísicas en boga, basadas en las teorías de Friedrich Nietzsche y Sigmund Freud. Sin pretensión de hacer un tratado sobre el tema, planteamos que el error central que cometen ambos es de orden metodológico: definir al egoísmo como una abstracción inherente al individuo.

En el caso de Nietzsche, el egoísmo es entendido como un instinto. Por ejemplo, en «La voluntad de dominio» explica «Siempre habrá demasiados poseyentes para que el socialismo pueda significar más que un accidente morboso y estos poseyentes son como un hombre de mala fe; ‘se debe poseer algo para ser algo’. Pero este es el más antiguo y el más sano de todos los instintos y yo añadiría: *‘se debe querer tener más de lo que se tiene para ser más’*».* (n. d. a. la cursiva es nuestra).

En Freud, esta naturalización reaparece en el concepto de *pulsión* que alude a una mítica energía psíquica cuya fuente está en la excitación corporal y que actuaría de manera similar al instinto de los animales**. Según Freud, el psiquismo humano

* Observando párrafos energuménicos del tipo de expuesto (una pequeña perla en la constante apología del egoísmo que realiza Nietzsche) es que nos preguntamos cómo hace el neoprogresismo vernáculo para *venderlo* a la intelectualidad como un *autor antisistema*. Aún la fábula de la “hermana maldita” no alcanza para borrar lo que está escrito negro sobre blanco. Solo una campaña de desinformación que tiene como protagonistas a la burocracia intelectual universitaria y a los grandes diarios de la burguesía puede explicar este increíble hecho.

** En su crítica a esta postura el Dr. Ricardo Cardamone plantea “Esta es una típica postura ingénita de lo psíquico que invierte la lógica de las relaciones entre lo objetivo y lo subjetivo: si bien se afirma que el medio social incide sobre lo psíquico, lo cierto es que queda mediatizado por pulsiones primarias que, de facto, le asignan un rol secundario y totalmente formal (...) si, por ejemplo, un niño de cuatro

obedece casi por completo a estas pulsiones inconcientes, siendo la conciencia en comparación con estas «una pobre cosa».

Freud plantea un esquema de lo social lógicamente derivado de estas bases: «el ser humano no es un ser manso, amable, a lo sumo capaz de defenderse si lo atacan, sino que *es lícito atribuir a su dotación pulsional una buena cuota de agresividad* (la cursiva es nuestra). En consecuencia, el prójimo no es solamente un posible auxiliar y objeto sexual, sino una tentación para satisfacer en él la agresión, explotar su fuerza de trabajo sin resarcirlo, usarlo sexualmente sin su consentimiento, despostrarlo de su patrimonio, humillarlo, infligirle dolores, martirizarlo y asesinarlo. ‘Homo homini lupus’ (El hombre es el lobo del hombre): ¿quién, en vista de las experiencias de la vida y de la historia, osaría poner en entredicho tal apotegma?»²²

El tono de serena resignación que reflejan estos párrafos nos se basan tanto en la ciencia como a las condiciones de vida de la clase a la que pertenecía Freud. Al naturalizar el egoísmo como expresión de una «pulsión agresiva», la teoría freudiana exculpa a la burguesía de sus atrocidades. Para el freudismo, esta pulsión sería la causa de todos los males de la humanidad y el sistema de explotación simplemente su emanación.

Con sarcasmo, Freud se mofa de aquellos que se estaban jugando el pellejo para construir una humanidad mejor: «Los comunistas creen haber hallado el camino para la redención del mal. El ser humano es íntegramente bueno, rebosa de benevolencia hacia sus prójimos, pero la institución de la propiedad privada ha corrompido su naturaleza.»²³

Enfrascado en su esquema que saca todas las actitudes desde *dentro* del individuo aislado, Freud consideraba que el marxismo debía seguir también su estrecha visión. Para él podía haber una naturaleza humana, buena o mala, pero siempre inherente al serindividual. El descubrimiento de Marx (realizado *ochenta y cinco años antes* de la publicación de la obra de Freud) es que dicha esencia está *excentrada* en relación al individuo aislado.

Estos argumentos resultan un dolor de cabeza para los freudo-marxistas, que solo atinan a explicar que Freud fue genial en el descubrimiento de las entrañas del

años tiene una actitud afectiva hacia su madre, su conducta sería la manifestación de tendencias edípicas que, según el freudismo, son propias de ese momento evolutivo y no expresaría los reales vínculos afectivos gestados en la interrelación madre-hijo.” Esta teoría “No tiene basamentos objetivos, ninguna investigación experimental, clínica y teórica de la psicología evolutiva científica ha confirmado tales hipótesis, antes bien demuestran lo contrario.” Temas de psicoterapia y neuropsicología. Un enfoque sociocultural. Ricardo Cardamone. Ed. Biblos. Págs. 113/4.

psiquismo humano pero que falló al momento de plantear el movimiento de lo social. En realidad Freud fue consecuente con su esquema. Si la actividad humana es explicada por instancias inherentes al individuo, ahistóricas, eternas, metafísicas, lo social solo puede ser un barniz que jamás llega a cambiar esa esencia. Freud desarrolla un festival de instancias de este tipo, por ejemplo: complejo de edipo, complejo de castración, pulsiones agresivas, eróticas y hasta llegó a explicar la curiosidad científica por la llamada «pulsión escoptofílica».

Por lo tanto, desde estas visiones irracionalistas se conceptualiza al egoísmo como un elemento aislado, se lo naturaliza, se lo desvincula artificialmente de la trama de relaciones que lo determina. Este es uno de esos casos (como el de la ley del valor) en los cuales el marxismo, con su poder desmistificador, demuestra que la sociedad clasista oscurece ciertos fenómenos al mostrarlos como elementos aislados y naturales, cuando en realidad son producto de una trama de relaciones, producto de un desarrollo sociohistórico.

La actitud egoísta

El marxismo arrancó el problema de la moral de la nube del misticismo y sentó la base para su estudio. Engels en su *Antidühring* planteaba que «hasta hoy toda teoría moral ha sido, en última instancia, producto de una situación económica concreta de la sociedad. Y como hasta hoy la sociedad se ha agitado entre antagonismos de clase, la moral ha sido siempre una moral de clase: o justificaba la dominación y los intereses de la clase dominante, o representaba, cuando la clase oprimida se hacía lo bastante poderosa, la rebelión contra dicho dominio y los intereses del futuro de los oprimidos.»²⁴

Hemos visto hasta aquí lo que *no* es el egoísmo, pero nos queda por aclarar su esencia. Una excelente descripción de la actitud egoísta nos la da la cita que hace Mijail Kalinin en «La fisonomía moral de nuestro pueblo», de enero de 1945, de un párrafo de «El padre Goriot» del escritor francés Honorato de Balzac, en el cual una vizcondesa inculca a su alumno: «Cuanto más fríos sean vuestros cálculos, más lejos llegaréis. Herid sin piedad y seréis temido. No consideréis a los hombres y a las mujeres más que como caballos de posta, que dejaréis reventados en cada relevo... Pero si llegáis a tener un verdadero sentimiento, ocultadlo como un tesoro; que nadie se de cuenta de él, o estáis perdido. De verdugo os convertiríais en víctima».²⁵

Analizando estos párrafos podemos observar una serie de características de la per-

sonalidad egoísta: el aislamiento afectivo, la desconfianza, el otro* como objeto temible o utilizable, pero siempre como competidor. Esta descripción no es sino el comienzo del camino del conocimiento de la esencia.

Sin parámetros objetivos para comparar una y otra estructuras básicas de la personalidad, a las que hemos denominado yo y ego, podemos llegar a la salomónica (o posmoderna) conclusión de que son dos formas de encarar la vida, tan válida la una como la otra y que plantear la superioridad de una sobre la otra es solo una cuestión de preferencias subjetivas. O desde el peor pragmatismo, afirmar que en la medida en que está más extendido el ego que el yo, proclamar que la superioridad de la primera está abalada por la «selección natural». Los marxistas consideramos que la actitud revolucionaria es superior a la egoísta y que el conjunto de la humanidad, en el proceso que termina con la extinción de las clases sociales, evolucionará hacia el hombre nuevo. No obstante este postulado aún no pasa del plano intuitivo. La falta de un basamento teórico más sólido es un punto débil utilizado por la burguesía para intentar rebajar al marxismo al lugar de una utopía bienintencionada. ¿Es posible encontrar un entramado más profundo que dé coherencia al conjunto de características que diferencian a estos tipos básicos?

Consideramos que cumple con este requisito una categoría que permite una comprensión altamente abarcativa: *la inteligencia emocional*.

¿Qué es la Inteligencia Emocional?

En el libro «La Inteligencia Emocional»**, el investigador norteamericano Daniel Goleman explica que este concepto surge como una necesidad de explicar más profundamente la capacidad de las personas para obtener logros de lo que hasta ahora permitía hacerlo los tests de Coeficiente Intelectual.

* Cada vez que nos refiramos al «otro» y para no abundar en aclaraciones, siempre debe darse por sobreentendida la determinación clasista. Cuando digamos «otro», queda claro que quedan excluidos los poseedores y sus vasallos.

** La Inteligencia Emocional. Daniel Goleman. Javier Vergara Editor. Este libro se ha convertido en un best - seller. Nuestra impresión es que el tratamiento que da el autor al tema es el de quien no a avizorado la potencialidad de su descubrimiento. Como los chinos que usaban la pólvora para fuegos de artificio, Goleman se dedica a destacar que con inteligencia emocional se puede ser buen administrador o vendedor. Sobre esta base, su nuevo libro se dedica al tema de «La Inteligencia Emocional en la Empresa».

Ya Aristóteles, en su «Ética a Nicómaco» decía «Cualquiera puede ponerse furioso, eso es fácil. Pero estar furioso con la persona correcta, en el momento correcto, por el motivo correcto y de la forma correcta... eso no es fácil.»²⁶

El autor plantea que nuestra vida mental está constituida por dos formas fundamentales de conocimiento. «Una, la mente racional, es la forma de comprensión de la que somos típicamente concientes: más destacada en cuanto a la conciencia, reflexiva, capaz de analizar y meditar. Pero junto a este existe otro sistema de conocimiento, impulsivo y poderoso, aunque a veces ilógico*: la mente emocional.»²⁷

El autor incorpora dentro del concepto de inteligencia emocional dos tipos de capacidades profundamente interconectadas, la *inteligencia interpersonal* y la *intrapersonal*, las cuales son definidas por Howard Gardner, investigador de la Universidad de Harvard, en los siguientes términos: «La inteligencia interpersonal es la capacidad para comprender a los demás: qué los motiva, cómo operan, cómo trabajar cooperativamente con ellos(...). La inteligencia intrapersonal(...) es una capacidad correlativa, vuelta hacia el interior. Es la capacidad de formar un modelo preciso y realista de uno mismo y ser capaz de usar ese modelo para operar eficazmente en la vida.»²⁸

Peter Salovey, investigador del Departamento de Psicología de la Universidad de Yale, especifica cinco esferas principales que componen la inteligencia emocional:

1. *Conocer las propias emociones*. Es la base de la inteligencia emocional.
2. *Manejar las emociones*. Derivada de la capacidad anterior. Las personas que carecen de esta capacidad luchan constantemente contra sentimientos de aflicción, mientras aquellas que la tienen desarrollada pueden recuperarse con mucha mayor rapidez de los reveses y trastornos de la vida.
3. *Automotivación*. Ordenar las emociones al servicio de un objetivo es esencial para prestar atención, para la automotivación y el dominio y para la creatividad. El autodomínio emocional - postergar la gratificación y contener la impulsividad- sirve de base a toda clase de logros.
4. *Reconocer las emociones en los demás*. La empatía, otra capacidad que se basa en la autoconciencia emocional, es la «habilidad» fundamental de las personas. La empatía es la raíz del comportamiento altruista. Tener un buen oído emocional hace que las personas sean mucho más adaptadas a las sutiles señales sociales que indican lo que otros necesitan o quieren.

* Preferiríamos decir que la lógica de los sentimientos no es evidente a primera vista. Consideramos que aquella frase de Blas Pascal acerca de que «el corazón tiene razones que la razón no entiende» explica la realidad de una etapa histórica de la humanidad.

5. *Manejar las relaciones*. Es la capacidad de manejar las emociones de los demás. Esta es una cualidad fundamental para el trabajo cooperativo y para el liderazgo.²⁹

Estas definiciones son lo suficientemente amplias como para abarcar desde las cualidades de un líder de la talla de Fidel hasta a un hábil empresario manipulador de explotados. Sin embargo esta visión entra en autocontradicción cuando se analiza la vinculación entre empatía y comportamiento altruista. Al respecto el autor señala: «Una de las más famosas frases de la literatura inglesa dice: No preguntes por quién doblan las campanas; están doblando por ti. El sentimiento de John Donne expresa el núcleo del vínculo que existe entre empatía y preocupación: el dolor del otro en carne propia. Sentir lo mismo que el otro es preocuparse. En este sentido, lo opuesto de empatía es antipatía. La actitud empática interviene una y otra vez en los juicios morales, porque los dilemas morales implican víctimas en potencia(...) diversos estudios llevados a cabo en Alemania y Estados Unidos demostraron que cuanto más empática es la persona más favorece el principio moral de que los recursos deberían repartirse según las necesidades de cada uno.»³⁰ (Estudios realizados por Martin L. Hoffman «Empathy, Social Cognition and Moral Action»).

Es evidente que un miembro de la clase explotadora debe necesariamente poner un límite a su capacidad de empatía. ¿Puede un burgués dejarse llevar por un impulso compasivo ante el dolor de los trabajadores a los que explota? El caso de un vendedor ya nos muestra la necesidad de poner límite férreo a la empatía: este puede comprender a su cliente, pero si lo hace es con el claro fin de sacarle el mayor provecho posible, o sea, que su actividad estará guiada por su ego. Podríamos decir, parafraseando a la vizcondesa creada por Balzac, que la idea de los explotadores sería tomar a los trabajadores como caballos que hay que dejar reventados en cada posta, pero que en lugar de riendas tienen sentimientos que hay que saber manejar.

Es necesario entonces, observar que la posición de clase es definitoria para posibilitar o trabar el desarrollo de la empatía. Por esta vía, el tema debe ser arrancado del cómodo pero estrecho gabinete de investigación psicológica para ser colocado en el más amplio horizonte del análisis del proceso revolucionario mundial. Evidentemente, no basta con desarrollar «pacíficos» programas para promover la capacidad de empatía en los individuos para que desaparezca el lobo que existe dentro de cada hombre y hacer realidad la transformación fraternal de la humanidad. El problema, cuando no se lo aísla metafísicamente, radica en que el eje para el cambio actitudinal no está fundamentalmente en el interior del psiquismo sino en el cambio revolucionario de las relaciones sociales capitalistas, aniquiladoras de los talentos de los desposeídos y reproductoras del

individualismo, o sea, del analfabetismo emocional. Una receta del FMI destruyen más personalidades de las que se pueden «remendar» con miles programas psicoeducativos.

El Che Guevara y la Inteligencia Emocional

Vimos cómo la investigación sobre la inteligencia emocional consecuentemente desarrollada nos lleva al tema del carácter clasista de las actitudes. Sobre esta base, nos proponemos establecer en base a su propio testimonio que el Che, arquetipo del hombre nuevo, poseía una elevada inteligencia emocional.

En este sentido, las expresiones del Che tienen un valor científico incalculable para aportar a la investigación de la estructura de personalidad del hombre nuevo. Un aspecto que ha quedado velado, de los muchos que presenta la figura del Che, es el análisis de su propia estructura de personalidad.

1) El Che y el conocimiento y manejo de los propios sentimientos

En el Che, el hombre de acción es la cara más visible del hombre de reflexión, pero sin comprender la importancia de esta última faceta no es explicable la primera. Constantemente planteaba la necesidad de conocer y manejar las propias emociones: «Debemos trabajar -dice en «El socialismo...»- por nuestro perfeccionamiento interno como una obsesión casi, como una impulsión constante; cada día analizar, analizar honestamente lo que hemos hecho, corregir nuestros errores y volver a empezar al día siguiente. Pero debe ser una tarea constante, una tarea donde haya mucho análisis, autoanálisis, y por eso se debe emplear tanto la autocritica porque es una disciplina de mejoramiento y de mejoramiento colectivo que se va estableciendo, a medida que cada uno se acostumbra a sacar a la luz todos sus defectos, todos sus errores y discutirlos para que se corrijan.» Es en el marco de la vida militante donde se potencian dialécticamente el desarrollo del plano afectivo y cognitivo. Por un lado, el sentimiento toma forma en el conocimiento científico de la realidad social que da el marxismo, adquiere direccionalidad y certeza como una planta que crece guiada por un tutor. Este rol de guía era subrayado por el Che, quien decía que vivimos en «Un mundo capitalista, un mundo, es decir, que determina toda una serie de prejuicios que permanecen a nivel inconciente y se reflejan en la actitud de cada uno. Es precisamente por esta razón por la que *debemos aprender a pensar con*

propiedad aplicando en todos los campos el materialismo dialéctico, (n. d. a. la cursiva es nuestra) no únicamente en discusiones políticas o en ocasiones determinadas, sino como método que hay que realizar en todo objetivo científico o práctico.»³¹ Por otra parte, las proposiciones teóricas adquieren sentido pleno al conectarse profundamente con el plano afectivo, en este caso, se podría comparar con la planta que crece gracias a los nutrientes que absorbe de sus raíces invisibles a primera vista: «Fue precisamente el amor al hombre - decía al respecto Fidel en un pasaje citado por el Che - lo que generó el marxismo, fue el amor al hombre, a la humanidad, el combatir la infelicidad del proletariado, el deseo de combatir la miseria, las injusticias, el calvario y la explotación sufrida por el proletariado.»

Ahora bien, esta unidad se plasma en la actividad, mediante la praxis social, como momento superador de ambos elementos de la contradicción. Y es en esa esfera de la actitud donde finalmente se verifica la realidad de las otras dos: el pensar y el sentir (la «filosofía real» a la que hacía mención Gramsci). La *coherencia* de la actitud se verifica, por un lado, en la correspondencia lógica entre las distintas concepciones que se sostienen concientemente; por otro, en que estas expresen el auténtico sentir, en cuyo caso las palabras se condicen con los hechos. Pero la actividad humana global no puede evitar expresar el verdadero pensar y sentir, la diferencia radica en que esta expresión puede ser *concientemente asumida* (en cuyo caso habrá coherencia) o por el contrario, en desconocimiento de los propios sentimientos, estos se expresan de manera espontánea e inconciente a través de actitudes que serán incoherentes con el decir.

El conocimiento teórico sin sentimientos humanos es la contracara de las personalidades en que esta marcha sin teoría. El primer caso describe a los que el Che denominaba «bachilleres del marxismo». Un ejemplo típico de este caso es el renegado Kautsky, líder socialdemócrata alemán que era capaz de recitar de memoria párrafos enteros de la teoría marxista pero que fue incapaz de ver en la revolución de Octubre la concreción de la sociedad del proletariado. Ejemplo contrario podría ser el de Augusto Cesar Sandino, cuya sed de justicia no se relacionaba con una concepción marxista del mundo.

Solo la unidad de ambos planos dan efectividad al actuar. Fidel lo definió así «Las ideas políticas de nada valen si no hay un sentimiento noble y desinteresado. A su vez los sentimientos nobles de la gente de nada valen, si no hay una idea correcta y justa en qué apoyarse.»³² La actitud coherentemente revolucionaria es un tipo superior en comparación a cualquier otro tipo de actitud coherente que se pueda hallar: esto se debe a que la moral marxista es la única que se basa en el descubrimiento de la esencia del devenir social y en lo más avanzado de la ciencia, así como el

internacionalismo proletario implica el máximo desarrollo de la conciencia social y de la sintonía emocional que se conozca.

Por eso mismo, dicha actitud solo puede ser mantenida con un trabajo constante de reflexión autocrítica desprovista de todo ego. Sin ello, la actitud revolucionaria, bajo la presión constante del sentido común burgués, de la persecución, de los diversos condicionamientos a los que es sometida, termina cediendo y recayendo en el egoísmo.

El Che destaca de diversas formas la necesidad de reflexión para la búsqueda de coherencia: por ejemplo, cuando plantea que «las cosas más banales y más aburridas se transforman, por imperio del interés, del esfuerzo interior del individuo, de la profundización de su conciencia, en cosas importantes y sustanciales, en algo que no puede dejar de hacer sin sentirse mal: en lo que se llama sacrificio. Y se convierte entonces no hacer el sacrificio en el verdadero sacrificio para un revolucionario.»³³

De acuerdo a lo que habíamos visto en la parte de teoría psicológica, aquí el Che está describiendo un proceso interno de modificación de los sentidos personales que tiene lugar como efecto de la profundización de la conciencia: la aparente paradoja de que «no hacer el sacrificio» se transforme en un sacrificio. Alexei Leontiev analizaba así este proceso: «cuando una actividad importante para el hombre por su sentido personal se enfrenta en el curso de su realización con una estimulación negativa, que puede provocar incluso una fuerte vivencia emocional, el sentido personal a despecho de esta, permanece incólume; lo que comúnmente se produce es el rápido descrédito siempre creciente de la emoción así surgida, desde el punto de vista psicológico.»³⁴

Es decir, cuando el núcleo motivacional es fuerte, las vivencias emocionales negativas del sacrificio que conlleva el cumplimiento de actividades teñidas de un sentido personal positivo (la lucha), se van revirtiendo. Tal es el proceso de pulimento de la personalidad implicado en la abnegación. A este concepto vuelve el Che cuando hace hincapié en el autocontrol que debe ejercer la voluntad sobre la afectividad, por ejemplo, al plantear que «Hay que aprender a endurecerse sin perder la ternura jamás» o cuando afirma que «uno de los grandes dramas del dirigente» es que «este debe unir a un espíritu apasionado una mente fría y tomar decisiones dolorosas sin que se contraiga un músculo».

El Che recrea en múltiples sentidos el trabajo a realizar con la propia personalidad para eliminar de sí todo rastro de ego. Esto es sumamente gráfico cuando plantea como objetivo para los jóvenes comunistas «ser esencialmente humano, ser tan humano que se acerque a lo mejor de lo humano, purificar lo mejor del hombre por medio del trabajo, del estudio, del ejercicio de la solidaridad continuada con el pueblo y con todos

los pueblos del mundo, desarrollar al máximo la sensibilidad hasta sentirse angustiado cuando se asesina a un hombre en cualquier rincón del mundo y para sentirse entusiasmado cuando en algún rincón del mundo se alza una nueva bandera de libertad.»³⁵

Ahora nos detendremos en el primer punto destacable de este párrafo, el rol de la actividad en la forja de la personalidad y en el próximo punto veremos el tema de la empatía. En relación a la cuestión de la actividad, observamos que cuando el individuo se niega a sí mismo en el trabajo productivo, ya sea el trabajo creador, ya sea la actividad revolucionaria en sus más variadas facetas, la actitud se va modelando, se va «purificando». La actividad productiva pone en tensión la actitud del individuo, la forja. La actitud yoica del ser humano obedece a la misma dinámica que la descrita por Marx para las maquinarias: si no es lamida por el fuego de la acción, se oxida y se destruye. En su labor, el trabajador se ve condicionado por una serie de presiones propias del proceso productivo: cumplir horarios, adaptarse a los materiales, conocer las maquinarias y los procesos productivos. El ego se va eliminando la abnegación implicada en el proceso productivo en el cual el trabajador objetiva el producto de su subjetividad. En este proceso, al tiempo que se transforma el objeto, se transforma la propia subjetividad del trabajador. Ya Marx destacaba este aspecto psicoeducativo del trabajo, el cual fue verificado en la práctica en la experiencia del pedagogo soviético Anton Makarenko y en los actuales sistemas de tratamiento que incorporan el trabajo como aspecto reconstitutivo de la personalidad.

Este es un punto a tener en cuenta para entender por qué la clase obrera es, por sus condiciones de vida, la más consecuentemente revolucionaria. Ya en «La Ideología Alemana» podemos leer que «todo parece indicar que es precisamente entre ellos (los proletarios) donde la individualidad cobra su más alto grado»³⁶. Precisamente porque es la clase que más puede desarrollar el yo y menos el ego.

Un último punto que permite profundizar esta perspectiva es el efecto que produce la marginación y la desocupación sobre el individuo, más allá del aspecto económico, en el plano de la destrucción de su personalidad, tanto a causa de la pérdida de su identidad social, familiar e individual, como en lo relativo al efecto desestructurante del ocio.

2) El Che: el conocimiento y manejo de los sentimientos de los demás

Los sentimientos de angustia por el dolor ajeno y el entusiasmo ante cualquier lejano grito de libertad son alimento de la motivación del revolucionario e influyen en la personalidad de manera más acentuada cuanto mayor sea la capacidad de

empatía. Esta idea es tomada por el Che en «El partido marxista - leninista», donde expresa «El marxista debe ser el mejor, el más cabal, el más completo de los seres humanos pero, siempre, por sobre todas las cosas, un ser humano; un militante de un partido que vive y vibra en contacto con las masas, un orientador que plasma en directivas concretas los deseos a veces oscuros de la masa; un trabajador incansable que entrega todo a su pueblo(...) pero *nunca es ajeno al calor del contacto humano.*» (la cursiva es nuestra). En este párrafo el Che define algo central, más allá de la actividad concreta que el revolucionario desempeña, el fundamento motivacional (el calor humano) es una clave ineludible para definir su conducta.

El camino contrario es definido por el Che en «El Socialismo...», cuando se refiere a «aquellos cuya falta de educación los hace tender al camino solitario, a la autosatisfacción de sus ambiciones, los hay que aun dentro de este nuevo panorama de marcha conjunta, tienen tendencia a caminar aislados de la masa que acompañan». Nuevamente vuelve a aparecer un enorme grado de penetración en el concepto de inteligencia emocional. Define lo que podríamos denominar el «camino del ego» ligado a la autosatisfacción de ambiciones, en aislamiento y determina que esto es producto de una «falta de educación», a lo que nosotros añadimos que se trata una «falta de educación emocional y de formación de conciencia social.»

Con la humildad que lo caracterizaba, el Che reconoce la capacidad de manejar adecuadamente los sentimientos de los demás en Camilo Cienfuegos, de quien destaca que «en una serie de discusiones, de malquerencias que existían entre los revolucionarios, surgía Camilo para imponer siempre el llamado a la cordura, el llamado a hacer prevalecer los principios y el espíritu revolucionario sobre cualquier querrela del momento.

Toda esa etapa de Camilo (no) se conoce, porque la historia de las revoluciones tiene una gran parte subterránea que no sale a la luz pública. (...)Nuestra historia también está llena de esas desavenencias, está llena de esas luchas que a veces fueron muy violentas; está llena de desconocimientos de nosotros mismos; y producto de ese desconocimiento, desconfianzas, formaciones de grupos, luchas entre grupos y, al mismo tiempo, la reacción trabajando dentro de ella. Allí es donde hay también un gran trabajo de Camilo que se desconoce. Y fue evidentemente un factor de unidad.»³⁷

Inteligencia emocional y Capacidad emocional

Vimos que el concepto de inteligencia emocional como es definido por Goleman, es aún sumamente empírico y descriptivo. Habiendo focalizado nuestra atención en la conexión entre la idea de inteligencia emocional y las características del hombre nuevo llegamos a comprender la exacta dimensión que alcanza el concepto cuando es puesto en su adecuado nivel en las expresiones del Che. Tomando conciencia de la significación revolucionaria y clasista de la inteligencia emocional, podemos definir más claramente hasta qué punto los investigadores norteamericanos no comprenden la profundidad de aquello a lo que se están refiriendo. Esta dificultad en diferenciar entre el yo y el ego afecta fatalmente al concepto de *inteligencia emocional* presentado por Goleman. Si un vendedor hábil, al igual que un revolucionario verdadero son portadores de una serie de características definitorias de la inteligencia emocional, el no haber visto las diferencias cualitativas que existen entre uno y otro equivale a quedarse en la forma y olvidar el contenido, el alma del concepto. Por eso, reservaremos el concepto de *inteligencia emocional* para definir la habilidad que puede adquirir una personalidad regida por el ego para conocer y manipular los sentimientos de otras personas en su propio beneficio.

¿Qué concepto alternativo puede hacer alusión a esta característica de la personalidad cuando es llevada a su expresión más verdadera, es decir, cuando está ligada a la exigencia de coherencia, de consecuencia en la totalidad de la actitud, de abnegación y de fidelidad a los valores?

Consideramos que ese lugar puede ser ocupado por la noción de ***capacidad emocional*** que expresara el mismísimo Comandante en un pasaje de «El partido marxista - leninista», donde plantea que «nuestra capacidad emocional frente a los desmanes de los agresores y los sufrimientos de los pueblos, no puede estar limitada al marco de América y los países socialistas juntos; debemos practicar el verdadero internacionalismo proletario, recibir como afrenta propia toda agresión, toda afrenta, todo acto que vaya contra la dignidad del hombre, contra su felicidad en cualquier lugar del mundo.»

La capacidad emocional a la que se refería el Che, es la potencia para asumir el dolor de los explotados (empatía) y transformarlo en energía para la acción por sobre todas las dificultades; por esto, se verifica en las actitudes nobles del individuo. Esta capacidad tiene los rasgos definitorios de la inteligencia emocional, pero se diferencia de aquella por ser expresión de una estructura yóica de personalidad, o en otras

palabras, porque el conjunto de la personalidad es coherente con dicha inteligencia.

Habiendo definido estos conceptos, comenzaremos describiendo la génesis del ego. Si hacemos abstracción de la historia del yo, por el momento, esto es a los fines del análisis que, en este texto, se presenta como una exposición preliminar. En la realidad ambos aspectos se presentan en constante interrelación y será una tarea futura la de profundizar en su dialéctica.

Desarrollo histórico del ego

Lucien Sève recorre una serie de referencias ineludibles en las que Marx sienta las bases para este análisis:

«Desde La ideología alemana hasta El capital (...) Marx vuelve de manera constante (al problema de la transformación histórica de las estructuras de la personalidad humana desde) la comunidad primitiva, el modo de producción asiático, las sociedades esclavistas, el mundo feudal, sembrando aquí y allá enfoques anticipatorios de la futura sociedad socialista y comunista.» La primera gran transformación que Marx destaca en es el propio proceso histórico de surgimiento de la individualidad. En este devenir, el ser humano «Aparece originariamente como un miembro de la especie, un ser tribal, un animal gregario, de ningún modo como un animal político. El intercambio es uno de los agentes esenciales de esta individualización. Vuelve superfluo el carácter gregario y lo disuelve. Una vez que la situación cobra este giro, el individuo ya no se relaciona más que consigo mismo y los medios para ponerse a sí mismo como individuo aislado se convierten en su volverse ser general y comunal (Grundrisse).»³⁸ En otro enfoque, Marx aclara que «Cuanto más lejos nos remontamos en la historia, tanto más aparece el individuo -y por consiguiente el individuo productor- como dependiente y formando parte de un todo más grande: ese estado se manifiesta en primer lugar, en forma completamente natural, en la familia y en la familia ampliada, hasta formar la tribu; luego, en las diferentes formas de comunidad surgidas de la oposición y la fusión de las tribus. Solo en el siglo XVIII, en la ‘sociedad burguesa’, las distintas formas del conjunto social se presentan al individuo como un simple medio de realizar sus objetivos particulares, como una necesidad exterior. Pero la época que engendra ese punto de vista, el del individuo aislado, es precisamente aquella en que las relaciones sociales (que desde ese punto de vista adquieren un carácter general) alcanzan el máximo desarrollo que hayan conocido.

En el sentido más literal, el hombre es un zoon politicon y no solo un animal social, sino un animal que solo puede aislarse en la sociedad»³⁹

En los estadios más primitivos de la humanidad, con la aparición de los primeros destellos de conciencia, no había sino rudimentos de autoconciencia y por lo tanto, no existía el egoísmo tal como hoy lo conocemos, sino un *individualismo zoológico*. Según Lenin, este individualismo «fue frenado no por la idea de dios, sino por la horda y la comuna primitivas.»⁴⁰ Es decir, las condiciones materiales de vida eran las que iban modelando la forma de vida de la especie: sin sobreponerse al individualismo zoológico hubiera sido imposible el trabajo en conjunto, ni la distribución de productos y por consiguiente, la existencia misma de la horda humana.

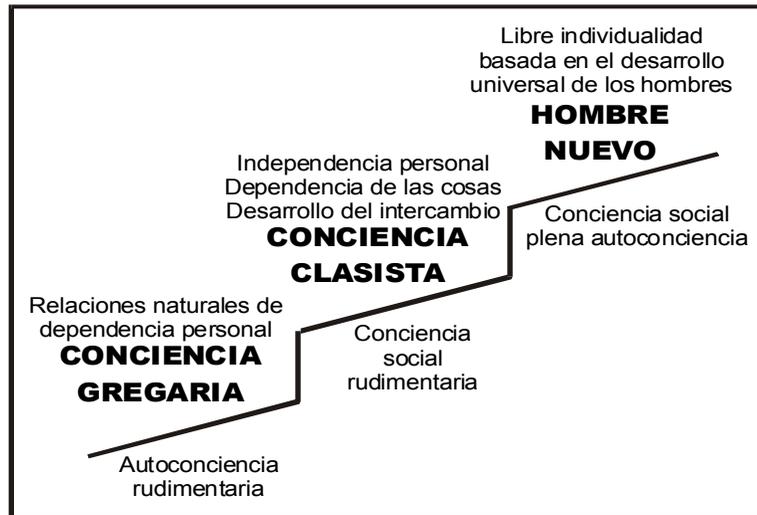
Marx no se queda en la investigación retrospectiva, sino que su norte es la proyección hacia el futuro: «Las relaciones de dependencia personal (al principio por completo naturales) son las primeras formas sociales en que la productividad humana se desarrolla lentamente y ante todo en puntos aislados. La independencia personal, fundada en la dependencia respecto de las cosas, es la segunda gran etapa, en cuyo transcurso se constituye por primera vez un sistema general de metabolismo social, relaciones universales, necesidades diversificadas y capacidades universales. La tercera etapa corresponde a la libre individualidad basada en el desarrollo universal de los hombres y en el dominio de su productividad social y colectiva, así como de sus capacidades sociales. La segunda crea las condiciones para la tercera.»⁴¹ (Fig. 3)

En base a estos párrafos Lucien Sève destaca un rasgo aún no suficientemente desarrollado de la teoría marxista: la posibilidad de servir de base a una futura paleontología psicológica.

En estos párrafos Marx destaca como base de la individuación la complejización de las fuerzas del intercambio, lo cual permite que el individuo se recorte de la antigua gens o tribu. El ego se desarrolla como producto de este paso de la conciencia gregaria a la autoconciencia. Este paso significó un avance en la medida en que permitió el desarrollo más pleno de la conciencia y la autoconciencia, lo que permitió una regulación más profunda de la actividad, que en la nebulosa del «ser gregario» aún no podía dirigir la actividad sino «en puntos aislados». Cuando destacamos el avance que significó en su momento no debemos olvidar que el ego, en la actualidad, con su característica «dependencia de las cosas», se transforma en una traba para «el desarrollo universal de los hombres», es decir, para el pleno desarrollo de su conciencia social y su capacidad afectiva.

La división de la sociedad en clases coloca de un lado a quienes quedan reducidos

Fig. 3 Evolución sociocultural de la personalidad.



casi a la animalidad, los esclavos, los siervos, y del otro a los señores, cuyo ego se incrementa con sus posesiones: «La tierra - dice Marx describiendo la propiedad feudal- se identifica con su amo, posee la categoría de este, es baronía o condado con él, tiene los privilegios de él, su jurisdicción, sus relaciones políticas, etc. Aparece como el cuerpo no-orgánico de su amo.»⁴² O sea, la extensión de la tierra fija la extensión del ego del amo.

La evolución del ego verifica un salto cualitativo con el paso del feudalismo al capitalismo. Marx, en el segundo de sus Manuscritos* se refiere a una especie de

* Los Manuscritos son un testimonio de gran valor para graficar distintos aspectos del ego y del yo, los que aparecen en tan temprana obra con claridad meridiana. Marx fue el maestro en el arte de detectar al ego detrás de sus distintas máscaras y en este aspecto es posible realizar un redescubrimiento de los Manuscritos de 1844, cuyo valor teórico aún es motivo de divergencias. El humanismo idealista ha pretendido encontrar en estos «la psicología» del marxismo, mientras que por otro lado, no siempre se les da su debida consideración por su visión aún especulativa del problema de la alienación. En los manuscritos del 44 la alienación todavía es conceptualizada por el joven Marx como producto de la

selección natural de actitudes que se da en el marco del sistema capitalista: «Del curso real del proceso de desarrollo (...) se deduce el triunfo necesario del capitalismo, es decir, de la propiedad privada ilustrada sobre la no ilustrada, bastarda, sobre el terrateniente, de la misma forma que, en general, ha de vencer el movimiento a la inmovilidad, la vileza abierta y consciente de sí misma a la escondida e inconsciente, la codicia a la avidez de placeres, el egoísmo declarado, incansable y experimentado de la ilustración, al egoísmo local, simple, perezoso y fantástico de la superstición; como el dinero ha de vencer a todas las otras formas de la propiedad privada.» En efecto, en relación al ego de la nobleza medieval, el ego del capitalismo implica un tipo superior de regulación de actitudes. El carácter progresista de este cambio es destacado desde el «Manifiesto...», donde se plantea que: «Las abigarradas ligaduras feudales que ataban al hombre a sus ‘superiores naturales’ las ha desgarrado sin piedad para no dejar subsistir otro vínculo entre los hombres que el frío interés, el cruel ‘pago al contado’. Ha ahogado el sagrado éxtasis del fervor religioso, el entusiasmo caballeresco y el sentimentalismo del pequeño burgués en las aguas heladas del cálculo egoísta. Ha hecho de la dignidad personal un simple valor de cambio(...) en lugar de la explotación velada por ilusiones religiosas y políticas, ha establecido una explotación abierta, descarada, directa y brutal.»⁴³

Estas formas sumamente depuradas surgen como resultado del desarrollo de la producción mercantil, con dominio del dinero como forma de expresión del mayor grado de abstracción del valor: «El dinero -dice Marx- no es solamente un objeto de la pasión de enriquecerse, es el objeto mismo. Esta pasión es, esencialmente, *auri sacra fames* (la maldita sed de oro). La pasión por enriquecerse, al contrario de la pasión por riquezas naturales particulares o por los valores de uso como los vestidos, alhajas, ganado, etc., solo es posible a partir del momento en que la riqueza general, como tal, se ha individualizado en una cosa particular y puede ser así retenida en forma de mercancía aislada. El dinero aparece pues como fuente y objeto de la pasión por enriquecerse. En verdad es el valor de cambio y, por lo tanto, su acrecentamiento lo que pasa a constituirse un fin en sí. La avaricia mantiene prisionero al tesoro e impide que el dinero se convierta en medio de circulación, pero la sed de oro conserva el alma del dinero del

«conciencia alienada», es decir, aún no se había producido la inversión materialista de 1845, a partir de la cual la alienación comienza a ser derivada de las relaciones de producción.

Sin embargo, es preciso recordar que el Che remarcaba que entre los Manuscritos y el resto de la obra de Marx la continuidad está dada por su orientación humanista y revolucionaria.

tesoro, la constante atracción que sobre él ejerce la circulación.»⁴⁴

En este párrafo vemos claramente cómo es que las fuerzas motrices de este desarrollo no se hallan en la profundidad del individuo aislado, sino en el conjunto de las relaciones sociales. La sed de riquezas actual es producto del desarrollo del modo capitalista de producción, el cual implica la universalización y abstracción del valor de cambio de las mercancías a su grado supremo: la forma dinero. Enfatizando a este punto, Marx puntualizaba en su prólogo a la primera edición de «El Capital»: «Un par de palabras para evitar posibles equívocos. En esta obra, la figura del capitalista y el terrateniente no aparecen pintadas, ni mucho menos, de color de rosa. Pero adviértase que aquí solo nos referimos a las personas en cuanto personificación de categorías económicas, como representantes de determinados intereses y relaciones de clase. Quien como yo concibe el desarrollo de la formación económica de la sociedad como un proceso histórico - natural, no puede hacer al individuo responsable de la existencia de condiciones de que él es socialmente criatura, aunque subjetivamente se considere muy por encima de ellas».⁴⁵

Esta comprensión sobre la naturaleza histórica de la personalidad permite a su vez dar nueva luz sobre el significado del sojuzgamiento de los pueblos originarios por parte de los europeos. En efecto, el conquistador además de su tecnología superior en armas, llevaba consigo una personalidad más evolucionada pero *en el sentido del ego*, de manera tal que los originarios no podían comprender la avidez por posesiones, el alejamiento extremo de ese hombre en relación a la naturaleza.

El programa del desarrollo del individuo que representaba el ascenso de la burguesía, demostró no ser más que una ilusión. Acerca de la determinación histórica de esta visión, Marx planteaba que «la teoría de Holbach* no es (...) otra cosa que la ilusión filosófica, históricamente legítima, acerca de la burguesía, que en aquel momento comenzaba a ascender en Francia y cuyo afán de explotación podía interpretarse todavía como el afán de los individuos por desarrollarse plenamente en un intercambio libre ya de las viejas trabas feudales.»⁴⁶ Frente al sojuzgamiento universal bajo el ego omnímodo de los reyes, sus caballeros y sus jerarquías eclesiásticas, la libertad del ego traería para todos la «igualdad», la «fraternidad» y la verdadera «libertad». En la práctica significó el desarrollo de una nueva clase de poder

* «Según los materialistas franceses, (como Holbach) la verdadera fuerza propulsora de las actuaciones humanas es el egoísmo o interés personal, esto es, la apetencia de placer y la aversión al dolor.» Historia de la Filosofía. Autores varios. Ed. Progreso (1985). Tomo I. Pág. 274

egoico: el de los burgueses. Fue necesario el pleno desarrollo del ego para que sus inhumanas consecuencias se hicieran evidentes a todas luces. Previo a su caída, la estrella del ego brilla de la manera más fulgurante en el cielo de la humanidad.

Actitud hacia el sacrificio

*Y aunque nos espere el dolor y la muerte
contra el enemigo nos llama el deber*

(De la estrofa inicial de «A las barricadas», marcha anarquista de la Guerra Civil Española)

¿Para qué sufrir? es una cuestión de neto corte «moderno» o si se prefiere «posmoderno».

Gran parte del movimiento cultural liderado por la burguesía en la segunda mitad del siglo XX en occidente significó un retroceso a una concepción hedonista del hombre, a una crítica del ideal de la «abnegación». Este hecho es señalado por el Che quien en «El socialismo ...» señalaba que «Como reacción al hombre del siglo XIX surge el decadentismo del hombre del siglo XX».

¿Qué vinculación hay entre el «decadentismo» y la actitud hacia el sacrificio?

Sacrificio implica *tolerancia del dolor*, vocablo dentro del cual incluiremos sensaciones tales como angustia, estrés, temor, dolor físico, agotamiento, etc. El dolor es una señal que permite al ser humano guiarse en la vida, pone una tensión a la personalidad que le permite actuar efectivamente. Sentir en carne propia el dolor del pueblo es, como vimos, uno de los fundamentos de la motivación para la actividad revolucionaria.

El deseo de no sufrir más puede implicar por un lado, el refugio en el mundo de la conveniencia individual. Las actitudes humanas para evitar el sufrimiento sin cambiar la realidad son variadas y el psicoanálisis, más allá de sus deficiencias conceptuales, ha sido bastante claro al describirlas: negación, racionalización, evitación, etc. La otra salida es la actividad revolucionaria, cuando se toma conciencia de la necesidad de cambiar la realidad social.

En el primer caso, la personalidad se desarrolla en la dirección del ego, o sea, es movida por los fetiches del interés individual. En el segundo, se desarrolla en el sentido del yo, de manera tal que cada logro aumenta la autoestima y la dignidad de la persona. Sin una motivación en uno u otro sentido, el individuo se sumerge en la depresión, la abulia (que es una forma de expresión del ego).

En el caso del yo, el camino hacia la transformación en hombre nuevo implica una actitud de aumento de la tolerancia hacia el dolor (el proceso de «endurecerse

sin perder la ternura»). El sentido del deber, en cuya base se halla una elevada capacidad emocional, lleva a que su cumplimiento sea la fuente de autoestima.

¿Hay acaso alguna extraña actitud masoquista en esto? En absoluto. La capacidad de amar implica necesariamente la capacidad de compartir el dolor con aquel ser o aquella clase a la que se ama. La percepción del dolor popular marca el despertar de la conciencia social de un individuo, de su capacidad emocional, de su dignidad (es decir, su capacidad para motivarse por valores, por motivos morales, por «grandes sentimientos de amor» al decir del Che). De la misma manera que un miembro del cuerpo que se ha adormecido y ha perdido sensibilidad se recobra pasando por una etapa de agudos pinchazos, la sensibilidad humana solo se conquista aceptando pagar el precio en la correspondiente cuota de dolor. Desde la relación familiar hasta la militancia política, en cualquier vínculo humano en el cual la capacidad de compartir el dolor se ve limitada, la capacidad de amar no puede menos que verse reducida. Se sufre por aquello que se ama y solo el amor vence el temor al dolor. La dignidad solo se forja en el fuego de la lucha, que es lo más terrible, pero también lo más maravilloso que se puede vivir.

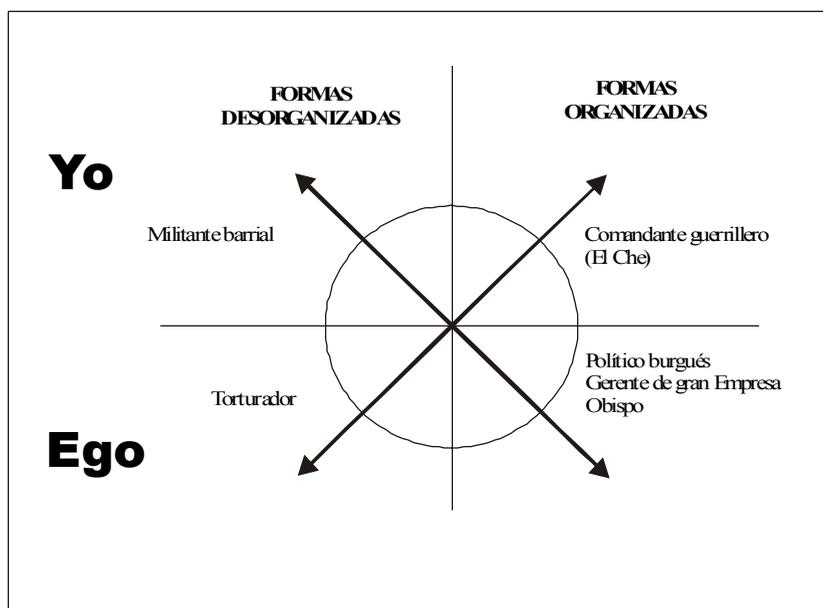
El hombre de las grandes urbes del siglo XXI encuentra a su alcance más que ningún otro del pasado medios técnicos para evadirse momentáneamente del dolor: grandes medios de difusión (radio, T.V., cine, internet, etc.), así como drogas cada vez más efectivas. Cada fin de semana en las canchas de fútbol grandes masas encuentran el escape a una vida que se presenta gris y opresiva. El progreso tecnológico en la medida en que es guiado por la burguesía y sirve al ego, potencia las vías de escape de la realidad, las perfecciona hasta el hartazgo aumentando con ello la decadencia de la cultura que emana del régimen capitalista. A esto se suma el hecho de que el imperialismo ha desarrollado una verdadera revolución científico - técnica enfocada a un desarrollo masivo de la personalidad en el sentido del ego. En el documento *Santa Fe I*, donde el imperialismo norteamericano comenzó a delinear la estrategia contrarrevolucionaria para América Latina, figura negro sobre blanco: «la educación es el medio por el cual las culturas transmiten y promueven su pasado o como se ve a éste tanto como el futuro. El mañana está en manos de quienes hoy están siendo educados, deberíamos exportar ideas e imágenes que alienten la libertad individual y la propiedad individual».

El tentador programa de una vida alejada del dolor a través del consumismo y la evasión que el capitalismo propone a sus esclavos produce un tipo humano degradado, cuyo sinsentido vital es malamente rellenado con cualquier sustancia o activi-

dad hueca. Calado hasta los huesos de soledad, el hombre alienado que produce el capitalismo es compelido a buscar obsesivamente migajas de placer en los tachos de basura de los vicios. Sobre este tema, Marx en «La ideología...» señalaba que existe un «entrelazamiento del disfrute de los individuos, en todas las épocas, con las relaciones de clase y las condiciones de producción y de intercambio en que viven y que engendran aquellas relaciones.»⁴⁷

Es que, por su propia esencia, el capitalismo deshumaniza al trabajador, pero también al capitalista. Así Marx en «El Capital» refiere que para la economía clásica: «el proletariado no es más que una máquina de producir plusvalía; en justa reciprocidad, no ve tampoco en el capitalista más que una máquina para transformar esta plusvalía en capital excedente.»⁴⁸

Fig. 4: Ejemplos que grafican la interrelación de los ejes yo - ego y organización - desorganización.



En esta obra Marx profundiza en esta condición deshumanizada del capitalista: «No debe olvidarse jamás que la producción de (la) plusvalía (...) es el fin directo y el motivo determinante de la producción capitalista. Por eso no debe presentarse nunca ésta como lo que no es, es decir, como un régimen de producción que tiene como finalidad directa el disfrute o la producción de medios de disfrute para el capitalista.»⁴⁹

En este sentido cobran dimensiones más acabadas los planteos de Marx y Engels acerca de que la revolución socialista liberaría no solo a los explotados, sino también a los explotadores. Estos serán liberados de su ego y a nivel social, de la atmósfera aplastante que el ego impone a la vida de la humanidad.

Formas concretas en que se expresa el ego.

Vimos que la personalidad del capitalista es la forma más organizada, más refinada y desarrollada del ego. En estos casos estamos ante una personalidad que ha llegado a un alto grado de depuración, de calibración de las actitudes y con una alta capacidad para manejar los vínculos interpersonales, pero con un fin espúreo: producir plusvalía. En estos casos la personalidad se ha modelado racionalmente para transformarse en una máquina cada vez más perfecta a este servicio: se eliminan las cegueras subjetivas (sin salir de la deformación ideológica que implica el sentido común burgués), se asimila toda información que sea eficiente, desechando esquemas mentales obsoletos, el individuo desarrolla una alta capacidad de automotivación y una firme disciplina se correlaciona con una elevada capacidad de tolerar la frustración.

El burgués debe aprender a inhibir afectos y para ello cuenta con toda una red de contención racional que le brinda la ideología dominante: «en los negocios no hay afectos», «quien no es ambicioso es porque no tiene personalidad», «los tontos deben ser explotados porque es la ley de la naturaleza» son algunos de los razonamientos que guían la transformación de un niño mimado de la burguesía en un hijo de mil putas consumado. Esto no quiere decir que el modo de producción capitalista se *origina* en actitudes egoístas, pero sí es necesario reafirmar que sin estas sería inviable. El hecho de que la economía política no se ocupe de la personalidad del burgués no quiere decir que esta no exista y que no deba ser analizada.

No obstante, cuando las condiciones personales de autocontrol no existen, nos encontramos con las formas menos organizadas del ego, que son claramente patológicas para el sentido común actual, por ejemplo: adicción a sustancias, psicopatías,

fobias, patologías alimentarias (bulimia y anorexia), histerias, etc.*

En estos casos la personalidad se hace evidentemente desadaptativa:** la ceguera subjetiva es grande, la personalidad se halla estereotipada, existe una baja tolerancia a la frustración, las relaciones interpersonales son altamente insatisfactorias, por eso, los principales perjudicados son el individuo y su medio familiar. La incoherencia en las actitudes es aguda y la capacidad de realizar sacrificios en general se ve limitada o sirve a motivaciones patológicas. Precisamente por este motivo quienes primero dirigieron su atención al fenómeno del ego han sido aquellos que se detuvieron a analizar estas estructuras patológicas, donde el ego se manifiesta más evidentemente. Por ejemplo, acerca del alcoholismo, podemos leer: «Los alcohólicos no forman deliberadamente egos inflados; la megalomanía se desarrolla a partir de profundos procesos psicológicos que están más allá de su control(...), (el alcohólico) asume la omnipotencia de un infante, donde el ego se expande y llena el horizonte psíquico(...). Todos los programas modernos de tratamiento del alcoholismo funcionan de acuerdo con esto; desinflar el ego es imperativo para la recuperación.»⁵⁰

No obstante el hecho de que la actitud egoica del capitalista se asiente en el mismo mecanismo básico que se puede dar, por ejemplo, en una adicción, las similitudes terminan ahí. En efecto, un adicto necesitará ayuda terapéutica para superar su sufrimiento moral. El capitalista, el esbirro del régimen, el burócrata en el socialismo está satisfaciendo su ego montándose en una estructura social, ejerciendo su poder, aniquilando el futuro de una enorme masa de seres humanos. Por eso no es posible «exculparlos» de sus crímenes, no son simples «personalidades conflictuadas» sino personas cuya actuación concreta se opone al avance de la humanidad, lo cual no es posible de ser impedido sin la lucha más implacable.

La personalidad, al ser un entramado sumamente complejo de actitudes, siempre presenta aspectos más armados que otros, no existen barreras infranqueables entre

* Los trastornos psicóticos (aquellos en los que existen delirios y/o alucinaciones) no debieran ser incluidos en este punto ya que en este caso la desestructuración de la personalidad está fuertemente vinculada con desórdenes en la fisiología y en algunos casos, hasta en la anatomía cerebral. Si bien el origen de las psicosis es aún materia de controversia, la investigación científica descarta de plano la idea de que dicho origen sea puramente emocional.

** Una personalidad adaptativa es la que responde sin desestructurarse ante las diversas dificultades que impone la vida: un burgués debe tener un grado de adaptabilidad, un revolucionario eficiente también. No se trata de una adaptación «pasiva» a la realidad sino de una capacidad de respuesta ante las dificultades.

aspectos organizados y desorganizados. Es muy común que directivos de empresas y políticos burgueses padezcan de alcoholismo o drogadependencia. Lo mismo sucede con la actitud revolucionaria. Cualquier esquematización facilista del tema en la práctica política puede llevar al camino sin salida de la rigidez puritana que no es más que otra forma de expresión del ego. En este punto el problema de la personalidad que sustenta valores revolucionarios se deriva en otro, el de su transmisión eficaz. La fortaleza espiritual revolucionaria une la firmeza con la flexibilidad, la comprensión de lo humano que excluye el juzgamiento o la lástima ante las eventuales debilidades de quienes intentamos servir a la causa del proletariado.

El Ego y las relaciones interpersonales

«Un sistema del desvínculo: el buey solo bien se lame. El prójimo no es tu hermano, ni tu amante. El prójimo es un competidor, un enemigo, un obstáculo a saltar o una cosa para usar. El sistema, que no da de comer, tampoco da de amar: a muchos condena al hambre de pan y a muchos más condena al hambre de abrazos.»

Eduardo Galeano «El libro de los abrazos».

¿En qué punto contactan las formas organizadas y las desorganizadas?

Vimos que la actitud egoísta se alimenta, se potencia con todo aquello que sea fuente de placer para el individuo, sin tener que recurrir al afecto, todo placer «ajeno al calor humano», según la expresión del Che.

Este tipo de satisfacciones ocupa en la vida del individuo un lugar inversamente proporcional a su capacidad emocional. En la base del ego, en cualquiera de sus manifestaciones, se halla la incapacidad (o la inhibición conciente o ideológicamente seleccionada) de tener empatía, la falta de sintonía emocional. Por eso, los vínculos que se establecen desde el ego son centralmente de competencia, siendo los de cooperación subordinados a algún objetivo conveniente para el individuo. Modeladas las actitudes por el criterio de la conveniencia personal, la capacidad de actuar por valores sufre una atrofia progresiva. Desde el ego el otro es percibido como un objeto, no como un sujeto. Para el burgués, por ejemplo, en su sed de plusvalía, los trabajadores son objetos a ser explotados. Para el adicto a sustancias, encerrado en su propio temor a darse, el objetivo es tener y poder consumir lo que desea; el violador, cuyos sentimientos fueron violados previamente, necesitará un cuerpo para

obligarlo a satisfacer sus deseos sexuales y en otros casos el consumismo servirá como intento fallido para tapar necesidades afectivas. El empobrecimiento espiritual que provoca esta objetualización era ya remarcado por el joven Marx quien señalaba que «En lugar de todos los sentidos físicos e intelectuales, aparece la simple alienación de todos esos sentidos: el sentido del tener».⁵¹ Es decir, la objetualización del otro tiene como contrapartida la cosificación de sí mismo, la ausencia de sustancia de los sentimientos humanos cuya forma más depurada es la psicopatía grave, la más absoluta falta de sintonía emocional con el otro. La vida afectiva rica, característica del yo, solo puede ser reafirmada en la práctica concreta, en la relación donde el otro es espejo de uno, donde existe una conciencia de pertenecer a la clase trabajadora, mientras que la conducta egoísta implica una inhibición conciente de los afectos (recorremos a la vizcondesa: «si llegáis a tener un verdadero sentimiento, ocultadlo como un tesoro; que nadie se de cuenta de él») con la inevitable alienación de sí mismo. Cada «victoria» sobre la capacidad de empatía implica un ascenso en la escala del ego: el burgués será más frío y despiadado en sus cálculos, el psicópata será más temible que el resto de su pandilla, el fóbico, cuanto más atención presta a sus miedos menos puede pensar en sus seres queridos. En todos los casos la pérdida de capacidad emocional tiene consecuencias devastadoras sobre la personalidad*. Aunque la personalidad egoísta pueda realizar acciones temerarias, invariablemente se desarrolla sobre un temor básico: el de asumir los propios sentimientos.

Hegel planteaba que «La verdadera esencia del amor consiste en renunciar a la conciencia de sí mismo, es olvidarse de uno en el otro yo y, no obstante, en esa desaparición y ese olvido encontrarse a sí mismo y ser dueño de sí por primera vez». Por esta razón, cuanto más concentrado está el individuo en su propio placer, más se empobrece y debilita su personalidad; porque cada satisfacción egoísta aleja al individuo de la necesidad de ser humilde con el otro, refuerza su autoimagen como potencia recortada de la sociedad y alimenta su soberbia. Con el mismo éxito, lo aleja de la posibilidad de vivir relaciones afectivas plenas y termina sufriendo su propia cárcel de soledad. La vida desde el ego es tan diferente de aquella que vive el hombre nuevo como lo es una relación sexual prostituida por el dinero o el poder de aquella que se realiza con la persona amada.

El compromiso con el otro exige vencer el temor a no ser correspondido, a perder la individualidad en el aspecto burgués (único camino para ganarla en el sentido

* Este proceso de deshumanización es dirigido de manera obscenamente conciente en el entrenamiento de los torturadores al servicio de las fuerzas de represión «occidentales y cristianas».

revolucionario), a entregarse a una persona o causa. Por estos temores, desde el ego, el compromiso se vive subjetivamente como una «pérdida de libertad individual». Aporta a esta ceguera un hecho que ya habíamos visto con Leontiev: que la necesidad no conoce su objeto hasta que se le presenta. La necesidad del calor humano, de la camaradería, es desconocida para amplias capas que aún viven en soledad. Esta necesidad, como todas las humanas, lejos de ser instintiva es socialmente producida. El joven Marx de los Manuscritos lo describía de la siguiente manera «Cuando los obreros comunistas se reúnen, ante todo su finalidad es la doctrina, la propaganda, etc. Pero al mismo tiempo se apropian, por eso, de una nueva necesidad: *la necesidad de la sociedad* (la cursiva es nuestra), y lo que parecía el medio se ha convertido en el fin»⁵²

No obstante, podrá argüirse, dentro de los marcos del capitalismo no solo se producen personalidades enfermas, sino también existe el amor, la amistad, las grandes personalidades del arte y la ciencia.

Al respecto Lucien Sève comenta en relación a ciertos individuos de la clase dominante que en «esos casos de equilibrio y vida satisfecha, que pueden expresarse en personalidades notables, hasta de cierta grandeza, hacen creer a observadores superficiales que el capitalismo no es tan radicalmente inhumano como dicen los marxistas, o que, en todo caso, el individuo puede elevarse por encima de las relaciones sociales, al contrario de lo que afirma el materialismo histórico; y no cesan de servir como ilustración a las ideologías humanistas que desconocen o encubren esta necesidad y esta inhumanidad. Si se mira bien, sin embargo, el hecho evidente de que tal equilibrio, en el capitalismo al igual que en cualquier sociedad de clases, represente siempre el privilegio de un pequeñísimo número y tenga por corolario inevitable el desequilibrio, a veces espantoso, de la vida de la mayoría, se expresa, dentro mismo de las personalidades consideradas, en el carácter parasitario del equilibrio(...). Si estas personalidades parecen superar las contradicciones del capitalismo, es solo porque se encuentran fortuitamente cómodas en él, al punto de que suelen no tener siquiera conciencia de ello. En esto reside, pese a su grandeza aparente, su fundamental estrechez de espíritu, pues en el capitalismo la vida satisfecha jamás puede hallarse exenta de filisteísmo.»⁵³

A este filisteísmo no es posible sustraerse a través de relaciones interpersonales que como el amor de pareja, la amistad o la caridad aunque expresen un grado de entrega hacia otra persona. En efecto, todas las vivencias positivas que se pueden dar en este marco están teñidas por la aceptación de la dominación de clase. Los vínculos humanos solo podrán vivirse en plenitud cuando desaparezca definitivamente

su carácter de coartada para el egoísmo, solo cuando el compartir incluya como una necesidad espontánea el proyecto social.

Hasta aquí hemos descrito aspectos fundamentales del ego. Nos queda por profundizar en el progreso histórico del yo, de la dignidad.

Evolución histórica del yo

Con la construcción de herramientas, los primeros homínidos fueron desarrollando su conciencia, es decir, su capacidad para duplicar el mundo en la mente y anticipar la realidad.

Esta capacidad de abstraerse del mundo circundante permitió al género homo un desarrollo de su capacidad de reconocer y responder cada vez más concientemente a señales emotivas. La emotividad no es exclusiva del ser humano; en efecto, en todos los animales más evolucionados, aquellos que presentan los niveles superiores de masa encefálica, la emotividad y su expresión es más fina. Lo que aparece como novedad con la conciencia humana no es el sentimiento, sino la capacidad de «saber» que se recibe una señal afectiva.

Progresivamente, el mundo interior de los primeros homínidos se fue enriqueciendo. Es así que se han encontrado restos arqueológicos de un ritual funerario en Shanidar, en medio oriente. En una cueva sita en ese paraje, se encontraron hierbas y flores silvestres que fueron arrojadas al cadáver de un hombre de Neanderthal.

Estos restos de la primera ceremonia funeraria de la que se tiene noticia representan una objetivación de la conciencia de aquellos neanderthales, de su actitud hacia el mundo. Al honrar al su muerto, el clan daba importancia a sus propios sentimientos y con ello comenzaba el hombre a separarse del medio natural en que se movía: era un semejante cuya muerte motivaba un trabajo ritual conjunto. Al honrar al muerto honraban también sus propios sentimientos, al tiempo que en el espejo del otro cuya muerte merecía una ceremonia, la propia muerte y la propia vida pasaban a ser significativas.

Junto con el desarrollo de las fuerzas productivas, la conciencia va adquiriendo una mayor complejidad. Comienzan a surgir los sistemas morales, se conforman los liderazgos espirituales que dan origen a las actuales religiones. Un aspecto insuficientemente analizado por los marxistas, en relación al fenómeno de la extensión y continuidad de las formas religiosas de conciencia, es el hecho de que estas no son

un absurdo histórico. Los grandes sistemas religiosos han perdurado a través de los siglos porque describen elementos fundamentales para el desarrollo de la capacidad emocional del individuo, porque transmiten una sabiduría básica acerca del manejo de la afectividad. Que estas enseñanzas estuvieran envueltas en un halo de idealismo y que se hayan perpetuado en estructuras burocráticas y reaccionarias no es sino producto de haber surgido en una época en la cual el insuficiente desarrollo de las fuerzas productivas y del conocimiento social hacían imposible concebir la fuente de la vida espiritual en la producción material, por lo que la desaparición del ego era un objetivo inalcanzable.*

¿Se ha avanzado hasta hoy en esta capacidad emocional, es decir, en esta capacidad de dar valor a la dignidad? Engels afirmaba que «Es indudable que se ha efectuado, en rasgos generales, un progreso en la moral, así como en las demás ramas del conocimiento humano. Pero, no hemos salido todavía de la moral de clase. Una moral realmente humana, sustraída a los antagonismos de clase o a reminiscencias de ellos, únicamente será factible cuando la sociedad alcance un grado de desarrollo en que no solo se haya superado el antagonismo de las clases, sino en que también el mismo se haya olvidado en las prácticas de la vida.»⁵⁴

Veamos la relación entre el desarrollo moral y el progreso del modo de producción. Tomemos por ejemplo el modo de vida en el marco de una economía de supervivencia. En este caso, las dramáticas situaciones en las que se despliega la existencia ponen trabas determinantes a la dignidad humana: la falta de tiempo para su desarrollo universal, la falta de educación y las condiciones generales que impone la vida implican una necesaria ausencia de desarrollo de las capacidades emocionales del individuo. Así es que si en ciertas regiones de Asia el hombre de una familia es el primero en comer, para dejar lo que sobre a su mujer y a sus hijos, esto es entendible como la única estrategia de sobrevivencia de la familia. Si el hombre no trabaja bien alimentado no puede mantener a su mujer e hijos, aunque algunos

* Dicho sea de paso, el concepto de *hombre nuevo* tiene su antecedente histórico en la Biblia. En Efesios se puede leer: «4.22 Ustedes tienen que dejar su manera anterior de vivir, el *hombre viejo*, cuyos deseos engañosos lo llevan a su propia destrucción. 24 y revístanse del *hombre nuevo*. Este es al que Dios creó a su semejanza, dándole la justicia y la santidad que proceden de la verdad. 25 Por eso, no más mentiras: que todos digan la verdad a su prójimo, ya que todos somos parte del mismo cuerpo 28 Que el que robaba, ya no robe, sino que se fatigue trabajando con sus manos en algo útil y tenga algo que compartir con los necesitados. 5.5 Sépanlo bien: ni los corrompidos, ni los impuros, ni los explotadores, que sirven al dios Dinero, tendrán parte en el reino de Cristo y de Dios.»

de estos mueran a temprana edad. En este marco, el nacimiento de una hija mujer es vivido como una tragedia familiar. A su vez, en ciertas zonas de Nicaragua, a causa de la elevada mortandad infantil, los niños no reciben nombre sino hasta los dos años de edad. Quienes pierden de vista el carácter determinante de estas condiciones en la personalidad terminan juzgando estas conductas como «inmorales», cuando en realidad, el ser humano producido en estas condiciones durísimas no puede sino presentar una afectividad rudimentaria.

Es en esta dinámica que el desarrollo de los medios de producción fueron tomando comparativamente ineficiente al trabajo esclavo; al siervo no se le podían confiar herramientas de trabajo complejas o frágiles dado que, aún sintiéndose impotente para destruir las cadenas que lo aherrojaban al amo, su dignidad aparecía en la destrucción de las herramientas que se le confiaban. En un llamado de «El Capital» Marx comenta acerca de la destrucción de medios del trabajo que: «Es esta una de las razones que encarecen la producción basada en la esclavitud. Aquí, para emplear la feliz expresión de los antiguos, el obrero solo se distingue del animal y de los instrumentos muertos, en que el primero es un instrumentum vocale*, mientras que el segundo es un instrumentum semivocale** y el tercero un instrumentum mutum***. Por su parte, el obrero hace sentir al animal y a la herramienta que no es un igual al suyo, sino un hombre. Se complace en la diferencia que les separa de ellos a fuerza de maltratarlos y destruirlos pasionalmente. Por eso en este régimen de producción impera el principio económico de no emplear más que herramientas toscas, pesadas, pero difíciles de destruir por razón de su misma tosquedad. Así se explica que al estallar la guerra de independencia se encontrasen en los estados de esclavos bañados por el Golfo de México arados de viejo tipo chino que hozaban la tierra como los cerdos o los topes, pero sin ahondar en ella ni volverla. En su Sea Bord Slave States refiere Olmsted: Aquí me han mostrado herramientas con las que en nuestro país ninguna persona razonable cargaría al obrero a quien paga un jornal. A mi juicio, su peso extraordinario y su tosquedad hacen el trabajo ejecutado con ellas un diez por ciento más pesado, cuando menos, que con las que nosotros solemos emplear. Sin embargo, me aseguran que, dada la manera negligente y torpe con que los esclavos las manejan, sería imposible confiarles con buenos resultados herramientas

* Instrumento vocal, herramienta que habla.

** Instrumento semivocal, herramienta que vocaliza «a medias».

*** Instrumento mudo.

más ligeras o delicadas. En los campos de cereales de Virginia no durarían un día herramientas como las que nosotros confiamos continuamente a nuestros obreros y de las que nosotros sacamos buenas ganancias, a pesar de que estos campos son más difíciles y menos pedregosos que los nuestros. Habiendo preguntado yo por qué había una tendencia tan general a sustituir los caballos por mulos, me dieron también como razón primordial y decisiva, según confesión suya, la de que los caballos no resistían el trato que les daban constantemente los negros. Los caballos se baldaban e inutilizaban a cada paso por los malos tratos; en cambio, los mulos soportaban sin grave detrimento corporal los golpes y la falta de uno o dos piensos.»⁵⁵

Es decir, que con el refinamiento de las herramientas y de los métodos productivos, se fue haciendo cada vez más necesario para el explotador tomar en cuenta la dignidad del explotado. En una especie de «selección natural», las formas de explotación que dieron una mínima cuenta de esta dignidad y que apostaron al desarrollo tecnológico fueron ejerciendo su supremacía. La dignidad del trabajador se expresó en las grandes rebeliones de los esclavos, pero también en el silencioso trabajo de zapa de la destrucción de herramientas.

El desarrollo de las fuerzas productivas que significó la revolución industrial, requirió trabajadores con cierto grado de cultura básica. La alfabetización masiva trajo como consecuencia una profundización de la conciencia y de la autoconciencia y con ello una mayor riqueza interior. Surge en este marco la teoría científica del proletariado, el marxismo, y se desarrollan formas de organización de la clase obrera cada vez más combativas. En una evolución sin precedentes, la lucha proletaria hace que sus sueños se transformen en realidad y por primera vez en la historia los desposeídos toman el poder: la Gran Revolución Socialista de Octubre abre una nueva era, por primera vez se solucionan los problemas de analfabetismo, desnutrición y enfermedades endémicas sin mediar explotación del hombre por el hombre. Por vez primera se crea una forma social en la cual las motivaciones egoicas empiezan a ser desplazadas por las yoicas. Comienza a aparecer la conciencia social, la cual se verifica en la capacidad de sacrificio en la «magnífica y angustiosa» tarea de la construcción revolucionaria.

La clase obrera, con el avance de su conciencia, con sus victorias sucesivas en diversos países, junto con los cambios objetivos en las técnicas de producción, fueron obligando a los burgueses a refinar los métodos de explotación. Así es que a principios del siglo XX el taylorismo y el fordismo tomaban al trabajador como una máquina cuyas acciones había que controlar adecuadamente, mientras que hacia la segunda mitad del siglo, los métodos científicos avanzan en la dirección de manipular al trabajador

en el aspecto motivacional. Surgen las investigaciones de psicología grupal en el trabajo de Elton Mayo, el toyotismo y el trabajo a través de los «círculos de calidad».

No obstante, a pesar del avance que significó el ascenso del proletariado al poder, la historia refutó sin clemencia a las visiones más optimistas sobre la posibilidad de avance de la dignidad humana.

En efecto, el primer problema que debe afrontar el poder popular es el desafío de organizar al pueblo para acabar con la explotación y satisfacer sus necesidades más básicas mediante la puesta en marcha del aparato productivo. El Che definía que «El socialismo es un fenómeno económico y un fenómeno de conciencia, pero debe realizarse sobre la base de la producción. Sin una producción importante no hay socialismo»⁵⁶. El Che iba en el mismo sentido que Marx cuando señalaba: «Cuanto menos tiempo necesita la sociedad para producir trigo, ganado, etc., más tiempo gana para otras producciones, materiales o espirituales. De igual modo, para un individuo, la universalidad de su desarrollo, su goce y su actividad depende de la economía de su tiempo»⁵⁷ Esta es la base material necesaria para el desarrollo de la personalidad de nuevo tipo.

Sobre la base de esta *economía de tiempo* es imprescindible un trabajo dirigido sobre la conciencia porque «el comunismo -decía el Che- es un fenómeno de conciencia y no solamente un fenómeno de producción y no se puede llegar al comunismo por la simple acumulación mecánica de cantidades de productos puestos a disposición del pueblo. Así se llegará a algo, naturalmente, a alguna forma especial de socialismo. Eso que está definido por Marx como comunismo, a eso no se puede llegar si el hombre no es conciente. Es decir, si no tiene una conciencia nueva frente a la sociedad.»⁵⁸ Aquí está el punto de inflexión que deben resolver los pueblos en su lucha por una nueva humanidad, un punto que no admite simplificaciones ni mecanicismos.

¿Hacia donde se encamina la personalidad humana?

A escala global, con avances y retrocesos, comienza a aparecer en la conciencia un nuevo estamento superior de control de la conducta: la conciencia social. Entendemos por tal el reconocimiento de sí mismo, tanto en el plano cognitivo como afectivo, como parte de la clase trabajadora. Esta conciencia social va de la mano de la actividad práctica revolucionaria y en el proceso de su adquisición va influyendo sobre toda la personalidad: la autoconciencia solo podrá desarrollarse plenamente sobre la base de la evolución de la nueva instancia reguladora, porque solo la plena percepción de la necesidad de los desposeídos permite la plena autopercepción como sujeto.

El Che, habiendo adquirido esta nueva conciencia, definía sus sensaciones subje-

tivas de la siguiente manera: «Nosotros socialistas, somos más libres porque somos más plenos, somos más plenos porque somos más libres». Esa misma plenitud era la que el joven Marx destacaba en los Manuscritos del 44 al observar la calidez de las reuniones de los obreros socialistas franceses: «Fumar, beber, comer, etc. ya no son pretextos de reunión o medios de unión. La asamblea, la asociación y la conversación que, por su parte, a su vez tienen la sociedad como fin, les bastan; en ellos la fraternidad no es una frase vacía, sino una verdad y la nobleza de la humanidad brilla en esos rostros endurecidos por el trabajo.»⁵⁹

Solo derribando los muros que nos impone el capitalismo podremos tener la oportunidad de desarrollar en los pueblos del mundo la más profunda humanidad, la más clara sensibilidad. Desde esta nueva conciencia, la alienación deja paso a una cosmovisión más rica del hombre y la sociedad.

VIª Tesis sobre Feuerbach y Alienación

Hemos definido que la VIª Tesis sobre Feuerbach es el basamento de la concepción científica y revolucionaria del ser humano. La personalidad humana no surge del individuo aislado, es un producto del medio sociocultural en el cual se desarrolla. De esto se desprende que el egoísmo no es un rasgo «natural» del ser humano sino que depende en última instancia del insuficiente desarrollo de las relaciones de producción, fundamento del desarrollo de la personalidad.

Hemos visto que el dinero y el poder son agentes que distorsionan fuertemente la dinámica afectiva del individuo puesto a representar las fuerzas del capital. En la sociedad productora de mercancías, las relaciones afectivas quedan «mercantilizadas», teñidas por el poder y la conveniencia. Este punto es marcado con vívidos colores por Marx en sus «Manuscritos del 44», sobre todo en el Tercero, acerca de el Poder del Dinero en la Sociedad Burguesa, donde planteaba que «La perversión y la confusión de todas las cualidades humanas y naturales, la confraternidad de las imposibilidades -la fuerza divina- del dinero, están implícitas en su esencia en cuanto esencia genérica alienada, alienante y autoalienante de los hombres. Es el poder alienado de la humanidad.»⁶⁰ Cuando el individuo ubica su lugar en el mundo a través de sus posesiones, de su poder, se refugia en una impunidad comprada que lo exime de la necesidad de la humildad. Pero con esto, en la medida en que pretende que los sentimientos son «negociables», el individuo es arrojado a su soledad. Se puede comprar compañía, pero no

amor. La necesidad de valorizar capital, como vimos, surge de las condiciones que impone el capitalismo y a nivel intrapsíquico se vincula con una ausencia de capacidad emocional. es decir, el poder del dinero es funcional a la debilidad emocional. Esta mirada focalizada a la vez en el devenir social e intrapsíquico puede arrojar una más profunda comprensión sobre la esencia de las distorsiones cognitivas derivadas del capitalismo y analizadas por el marxismo: el fetichismo de la mercancía y la alienación.

El descubrimiento de Marx sobre el carácter social del valor de las mercancías, que develó el fetichismo de las mercancías, nos permite a su vez develar el fetichismo del individuo. En ambos casos, la metodología dialéctica supera el obstáculo en el conocimiento porque pone el centro del análisis de cualquier sistema en la relación entre las partes y no en las partes en sí.

Lucien Sève señala la vinculación entre ambas mistificaciones: «Verdad es que el fetichismo de la mercancía, la ‘cosificación de las relaciones sociales’, ‘su autonomía frente a los agentes de la producción’ la serie de ilusiones objetivas características de la sociedad capitalista, presentan estas interrelaciones de los hombres bajo ‘la forma fantástica de una relación entre las cosas’. (Citas de «El Capital»)

Pero precisamente, el análisis marxista demuestra que se trata de una ilusión, cuyo mecanismo desarma. Establece que todo ese ‘misticismo’, propio de una sociedad en que está generalizado el dominio de la producción mercantil, se desvanece por entero si tenemos en cuenta otras formas de producción, con lo cual queda muy claro el hecho de que, cualesquiera que sean las apariencias, las relaciones sociales son siempre ‘relaciones sociales entre los hombres’ («El Capital»). El marxismo, en otras palabras, de ningún modo ha sustituido el estudio de los hombres por el estudio de las relaciones sociales; al contrario, ha señalado la unidad profunda de ambos.»⁶¹ Más adelante agrega «En la misma medida en que las relaciones sociales parezcan ser relaciones entre las cosas, datos naturales, la esencia humana se presenta como si fuera ajena a ellas y cuanto más ajena parece más adopta a su vez el aspecto de un dato natural. Al fetichismo de los productos del trabajo corresponde necesariamente un fetichismo complementario de las fuerzas del productor; al fetichismo de la mercancía, un fetichismo del individuo.»⁶² Desde el ego, como producto de una época en la que el modo de producción aún refleja de manera velada el carácter social del ser humano, la autoimagen se conforma a partir de la ilusión ideológica del individuo recortado del ser social. Este espejismo egoico del individuo como potencia ajena a la sociedad tiene su fundamento último en el capitalismo.

Ahora bien, al resaltar el carácter determinante de la base material no debemos

olvidar que esta se transforma en actitud en personalidades concretas. La capacidad para asumir el dolor de los desposeídos y transformarlo en energía militante es la señal de que la personalidad ha superado del fetichismo del individuo. No basta con haber leído «El Capital» para acabar con los fetichismos, esto solo se logra cuando se verifica una coherencia en la totalidad de la actitud en un sentido revolucionario.

Con la revolución socialista se acaba con la fuente objetiva más importante para el desarrollo del ego, la acumulación de capital, pero no con el ego mismo. El manejo del poder se convierte en el objetivo de los arribistas en el socialismo. También bajo la fachada de la «convicción revolucionaria» se puede esconder el ego y cuando esto sucede, el «discurso revolucionario» va perdiendo lentamente su poder movilizante. A nivel masivo, el consumismo es otra fuente de satisfacción egoica que pervive al dominio del capital.

A su vez, fetichismo de la mercancía, fetichismo del individuo y ego son piezas claves para comprender la teoría marxista de la alienación. ¿Que plantea Marx al respecto en las obras de su madurez teórica?

«En la sociedad fundada sobre la producción mercantil, (la alienación) es el hecho de que ‘el carácter social de la actividad y el producto, así como la participación del individuo en la producción, son extraños y cosificados frente al individuo. Las relaciones que estos mantienen configuran en verdad una subordinación a relaciones que existen independientemente de ellos y surgen del choque entre los individuos indiferentes entre sí. El intercambio universal de actividades y productos, que ha pasado a ser condición de vida y relación mutua de todos los individuos particulares, se presenta ante ellos como una cosa ajena e independiente’ (Grundrisse). Antes que nada, es en el dinero ‘donde se comprueba la transformación de las relaciones sociales recíprocas en una relación social fija, aplastante, que subyuga a los individuos’. (Contribución).

Pero la alienación tiene su fuente más profunda en ‘el proceso que de una manera u otra, separa a una masa de individuos de sus antiguas relaciones positivas con las condiciones objetivas del trabajo, negando esas relaciones y transformando así a esos individuos en trabajadores libres’ (Grundrisse), con lo cual, en consecuencia, opone a los individuos esas condiciones objetivas de trabajo. Como el capitalismo intensifica hasta un punto extremo ese proceso histórico contradictorio, por cuyo intermedio se realiza el incremento de las fuerzas productivas, también crea la ‘forma extrema de la alienación’ (Grundrisse). Sin embargo, la misma necesidad histórica engendra las condiciones de su supresión:

‘La limitación del capital es el hecho de que todo su desarrollo se efectúa de manera antagónica, y de que la elaboración de las fuerzas productivas, de la riqueza universal, de la ciencia, etc., se manifiesta como alienación del trabajador que se conduce respecto de las condiciones por él mismo producidas como ante una riqueza ajena y una pobreza que le es propia. Pero esta forma contradictoria es transitoria y produce las condiciones reales de su propia abolición’. (Grundrisse) (...)

Marx describe la extinción de la alienación de la siguiente manera:

‘Pero, ¿qué será en verdad la riqueza una vez despojada de su forma burguesa todavía limitada? Será la universalidad de las necesidades, capacidades, satisfacciones, fuerzas productivas, etc., de los individuos, universalidad que se producirá en el intercambio universal. Será el dominio pleno del hombre sobre las fuerzas naturales, sobre la naturaleza propiamente dicha tanto como *sobre su naturaleza humana* (n. de a. la cursiva es nuestra). Será el total florecimiento de sus capacidades creadoras, sin otro supuesto que el curso histórico anterior que convierte a esta totalidad del desarrollo en una finalidad en sí misma; en otras palabras, el desarrollo de todas las fuerzas humanas en calidad de tales, sin que sean medidas con un patrón preestablecido’. (Grundrisse).⁶³

Haciendo una breve recapitulación de las distintas acepciones del término alienación, en el marxismo maduro diferenciamos:

- 1) *La que padece el trabajador en relación al producto del trabajo*: el obrero se hace más pobre cuanto más mercancías produce. Este sería el aspecto material de la alienación.
- 2) *La alienación de la actividad del trabajador*: el trabajo es vivido como una carga sin más sentido que el salario; las riquezas producidas por el trabajador se le manifiestan como algo extraño.
- 3) *La alienación entre los hombres*: «el choque entre los individuos indiferentes entre sí.» La sociedad es vivida como algo ajeno al individuo.

Como podemos ver, el análisis del concepto marxista de alienación nos marca la necesidad de seguir el camino de la investigación que nos lleva a profundizar en la personalidad alienada.

Fue Leontiev quien tomó el guante y comenzó a teorizar en este plano al establecer que, a nivel psicológico, la alienación es definible como el grado extremo de la no coincidencia entre los sentidos personales y las significaciones, es decir, que la producción mercantil produce en la relación entre sentidos y significaciones un carácter ajeno e incluso de mutua contraposición. Al respecto Leontiev aclara que:

«En la sociedad mercantil este carácter ajeno se manifiesta necesariamente en las

personas situadas en ambos polos sociales. El trabajador asalariado, por supuesto, se percata del producto que él realiza, en otras palabras, él entra en relación con dicho producto en su significación objetiva (Bedeutung), por lo menos, dentro de los límites necesarios para poder realizar inteligentemente sus funciones laborales. Mas para él, no consiste en esto el sentido (Sinn) de su trabajo, sino en el salario que percibe, para cuya obtención trabaja. El sentido que para él tiene la jornada laboral de doce horas consiste no en que durante ese tiempo él debe coser, soldar, tornejar, ajustar, etcétera; sino en que este es el medio de obtener el salario, que le dará la posibilidad de comer, hospedarse en un albergue, dormir. (Trabajo asalariado y capital) Esta enajenación también se manifiesta en el polo social contrario: para los comerciantes de minerales, señala Marx, los minerales no tienen sentido de minerales).

Más adelante afirma «Un análisis más detallado de esta retransmutación de los sentidos personales a significaciones adecuadas -más adecuadas- demuestra, que esta transcurre en condiciones de lucha por la conciencia de las personas, lucha que se produce a nivel social. Con esto quiero decir, que el individuo no se encuentra sencillamente 'parado' ante una cierta 'vitrina' de significaciones que en ella se exponen, entre las cuales a él le resta solamente hacer su elección; estas significaciones -representaciones, ideas, conceptos- no están esperando pacientemente a ser elegidos, sino que penetran en sus relaciones con las personas que conforman el círculo de su esfera de comunicaciones reales. Si el individuo se ve impelido a elegir ante determinadas condiciones de vida, su elección no es entre significaciones, sino entre posiciones sociales en conflicto, que se manifiestan y concientizan a través de estas significaciones.»⁶⁴

En este párrafo Leontiev señala hasta qué punto estamos imbuidos en la alienación, tornándose invisible como el aire que respiramos. De esta cualidad se desprende la dificultad que implica la profunda comprensión del concepto. Al mismo tiempo señala el carácter social del proceso, el cual no excluye el individual: «La transmutación del sentido a nivel de las significaciones es un proceso íntimo profundo, de contenido psicológico y que de ningún modo tiene lugar automática e instantáneamente. En las obras novelísticas, en la práctica de la educación política y moral, este proceso se manifiesta en toda su plenitud(...)»⁶⁵. Este proceso se da también en la psicoterapia.

La desalienación consiste en la constante superación de los «prejuicios inconcientes» que deja el capitalismo. Un cambio en el cual los sentidos personales reflejan de manera más objetiva, con menor carga de alienación la realidad, un proceso de toma de conciencia. En efecto, la necesidad de militar por la causa popular no es otra cosa que una expresión subjetiva de la realidad del hombre como ser social. A

su vez, el proceso alcanza una nueva dinámica cuando, eliminados ya los antagonismos de clase, el acto de producir para la sociedad comienza a adquirir valor afectivo. El sentimiento de pertenencia al pueblo va imprimiendo al trabajo una motivación que comienza a desplazar a la mera relación mercantil en la cual se troca fuerza de trabajo por salario. Lo *verdaderamente valioso*, el amor a la clase trabajadora, la riqueza espiritual, es decir, las significaciones más adecuadas empiezan a tener sentido personal. Eliminación del fetichismo del individuo y del de la mercancía son dos aspectos de un mismo acto. ¿Cuál es el camino para este cambio de sentidos personales? La que indicaba el Che: «la forma de educación en la cual el trabajo pierde la categoría de obsesión que tiene en el mundo capitalista y pasa a ser un grato deber social, que se realiza con alegría, que se realiza al son de cánticos revolucionarios, en medio de la camaradería más fraternal, en medio de contactos humanos que vigorizan a unos y otros y a todos elevan.»⁶⁶

El desarrollo del hombre nuevo significará el cambio de los sentidos personales a escala global. El trabajo no será más una carga sino expresión del amor hacia la humanidad. Será el fin del «choque entre individuos indiferentes entre sí», precisamente porque el ser humano dejará de estar alienado del ser humano y por lo tanto de sí. Será común dar por el sentido del deber y se dejará de contar «con el rigor de un Shylock»* lo dado. La conciencia destronará al Dios Mercado de su lugar de regulador de la vida social.

Los economistas marxistas, en general, ante la evidente falta de desarrollo de la psicología han terminado muchas veces por no dar cabal cuenta de la naturaleza denunciante, de la dimensión humana del concepto de alienación. Remarcando su carácter objetivo se olvida que Marx apuntaba a historizar el surgimiento del valor de cambio de las mercancías para mostrar que detrás de esta aparente «cualidad natural» están las fuerzas de las clases poseedoras negando el pan y la salud a millones con el pretexto de que «no pueden pagar su valor».

* Shylock es el avaro personaje de El mercader de Venecia de Shakespeare. La expresión es es tomada de Lenin quien planteaba que “El Estado podrá extinguirse por completo cuando la sociedad ponga en práctica la regla ‘de cada uno según su capacidad, a cada uno según sus necesidades’; es decir, cuando los hombres estén ya tan habituados a guardar las reglas fundamentales de la convivencia y cuando su trabajo sea tan productivo, que trabajen voluntariamente según su capacidad. El ‘estrecho horizonte del derecho burgués’, que obliga a calcular con el rigor de un Shylock para no trabajar ni media hora más que otro y para no percibir menos salario que otro, este estrecho horizonte quedará entonces rebasado. La distribución de los productos no obligará a la sociedad a regular la cantidad de los artículos obtenidos para cada cual; todo hombre podrá tomar libremente lo que cumpla a ‘sus necesidades’.” El Estado y la Revolución. Lenin. O.O.E.E. en 4 Tomos. Ed. Problemas Tomo III. Pág. 291.

Fue precisamente el Che quien comprendió que la vigencia de la ley del valor es funcional a cierta etapa en la evolución de la personalidad. Por eso, en «Sobre el sistema presupuestario...», defendía el rol de la conciencia, confrontando con los manuales soviéticos que afirmaban que es «necesario desarrollar y utilizar la ley del valor y las relaciones monetario - mercantiles durante el período de construcción de la sociedad comunista», respondiendo, con una clara concepción de la alienación afirmaba la necesidad de «liquidar lo más vigorosamente posible las categorías antiguas, entre las que se incluye el mercado.»

No obstante, no debe entenderse la desalienación como una vuelta a una «bondad innata» que se hallaba en el origen de la historia: la autenticidad del hombre nuevo, del hombre desalienado no es consecuencia de una supuesta «vuelta a la naturalidad». Todo lo contrario, será el producto de lo más refinado, de lo más elevado de la cultura. Será un ser humano que no habrá padecido desnutrición, que habrá contado con el suficiente tiempo libre para ser educado en las ciencias y en su afectividad, que habrá crecido en un ambiente de solidaridad, su familia será la humanidad porque se habrán terminado los fetichismos. Solo en estas condiciones, sin hambre, sin penurias, sin los explotadores ni sus esbirros, en una sociedad guiada por valores revolucionarios, la afectividad humana no sufrirá distorsiones. En este sentido será el comunismo «el momento(...) de la recuperación de sí del hombre».⁶⁷

Libertad, hombre nuevo y libre albedrío

La alienación nos brinda una clara visión de la distorsión que implica la conducta interesada. Haciendo alusión a esto, Lenin recordaba que «Un conocido aforismo dice que si los axiomas geométricos chocasen con los intereses de los hombres, seguramente habría quien los refutase». La personalidad egoica, con su criterio de propia conveniencia, es una herramienta adaptable a la subsistencia en una sociedad - selva.

Sin embargo dejar en el pasado la estructura egoica no es tarea fácil, el camino del conocimiento es una cornisa en la cual un mal paso nos puede desbarrancar en dirección al ego. Lenin da una base para pensar la relación entre cognición y ego en sus cuadernos filosóficos, cuando define al *subjetivismo*, a la *ceguera subjetiva*, como las raíces gnoseológicas del idealismo. Al respecto, Lenin aclara que el idealismo no es un simple absurdo, sino que implica la exageración de uno de los aspectos del objeto de estudio en el desarrollo multifacético del conocimiento humano y aclara

que ese camino conduce al lodazal, al oscurantismo clerical (donde la refrendan los intereses de clase de las clases dominantes).⁶⁸ En este aspecto, las relaciones de producción determinan a una superestructura que establece un mecanismo de selección natural a favor de las teorías idealistas. Pero quedarse allí en la investigación es perder de vista que dicha ceguera también debe ser explicada a nivel de los sujetos individuales. La personalidad producida en la sociedad clasista, es un sistema imbuido en la ceguera subjetiva.* De esto se concluye que las visiones idealistas, su persistencia dogmática, no son fruto directo y exclusivo de la mala intención de algún poder en particular, sino que tienen un fundamento en las propias características de la personalidad del hombre de clase, o sea que esta ceguera subjetiva es un concepto que alude a la incidencia del ego en el conocimiento.

Lenin planteaba que para llegar a ser un revolucionario auténtico «el obrero debe(...) saber orientarse en las frases y sofismas de toda clase más corrientes, con los que cada clase y cada capa encubre sus *apetitos egoístas* (n. de a. la cursiva es nuestra) y su verdadera ‘naturaleza’»⁶⁹ Este proceso de develamiento y lucha contra los nichos en los cuales el egoísmo se refugie será un trabajo de generaciones, aún en el socialismo y seguirá mientras el ego no desaparezca de la faz de la tierra. Hasta que esto no ocurra, el hombre seguirá siendo en alguna medida esclavo, tanto del propio ego como del de sus congéneres.

La idea marxista del hombre nuevo se vincula dialécticamente y se enriquece con la concepción revolucionaria de la libertad, desarrollada por Engels en su *Antidühring*. Citando a Hegel, Engels planteaba que «la necesidad solo es ciega cuando no se la comprende» y ampliaba «La libertad no reside en la soñada independencia de las leyes naturales, sino en el conocimiento de estas leyes y en la posibilidad que lleva aparejada de hacerlas actuar de un modo planificado para fines determinados» «El libre arbitrio

* Esta ceguera subjetiva es un fenómeno en parte consciente, pero en otra parte se vincula con el concepto de inconciente. Si consideramos que la personalidad está sociohistóricamente determinada, debemos entender que el inconciente también lo está. En efecto, el inconciente, lejos de ser un reservorio de pulsiones heredadas de nuestros ancestros, es precisamente, el producto del analfabetismo emocional. El trabajo de “hacer consciente lo inconciente” que realiza de manera estrecha y mezquina la psicoterapia es un proceso de alfabetización emocional a escala individual. En la medida en que se perfeccionen y se difundan las experiencias actuales de alfabetización emocional a mayor escala, en un marco donde el interés personal deje de ser motivación para la humanidad, el desarrollo de la capacidad emocional será un proceso conscientemente dirigido. Se transformará en “reflejo condicionado” (como decía el Che) la coacción interna y externa. Por lo tanto, el inconciente que hoy conocemos será un recuerdo vinculado a una época remota en la cual la personalidad humana se desarrollaba aún en un medio demasiado salvaje.

no es (...) otra cosa que la capacidad de decidir con conocimiento de causa. Así pues, cuanto más libre sea el juicio de una persona con respecto a un determinado problema, tanto más señalado será el carácter de necesidad que determine ese juicio (...) La libertad consiste *en el dominio de nosotros mismos* (n. d. a. la cursiva es nuestra) y de la naturaleza exterior, basado en la conciencia de las necesidades naturales.»⁷⁰

Observamos pues la profunda interrelación que existe entre libertad y conocimiento. El hombre nuevo es un hombre libre porque busca la verdad objetiva, no como un fin en sí mismo, no para egordar el ego, sino como un medio para acabar con las fuentes del sufrimiento de los pueblos. Esto nos lleva a meditar sobre la estrechez de la concepción que reduce el acto de conocimiento como un mero proceso lógico - racional. La liberación progresiva de las cegueras subjetivas requiere del aumento de la capacidad emocional en sus dos planos:

1) Plano intrapersonal

Ser capaz de aceptar las consecuencias de los razonamientos más allá del criterio de la conveniencia implica una capacidad para neutralizar nuestros deseos personales al momento de evaluar el mundo*. Eso solo es posible con un grado de conocimiento y manejo de sí mismo: somos títeres de aquella parte de nuestra afectividad que no manejamos concientemente. Por lo tanto, el autoconocimiento, como rasgo de la capacidad emocional, es una cualidad fundamental del hombre nuevo. En la década del 60, el por entonces Director del Instituto de Filosofía de la Universidad de Bucarest, Constantin Gouliane, planteaba al respecto: «Hasta la aparición de la moral socialista, la historia de la moral conoció a menudo una perversión de ese aspecto maravilloso y necesario del conocimiento que es el conocimiento de sí mismo. Dentro del marco de una moral activa dirigida hacia la supresión de la explotación y hacia la

* Es conocido el ejemplo del Dr. Rutherford, quien investigando la existencia de partículas subatómicas, pudo apreciar este aspecto del subjetivismo. Rutherford daba a sus colaboradores los datos necesarios para que estos hicieran los cálculos matemáticos que permitieran encontrar nuevas partículas. El deseo de estos de dar la "buena nueva" los llevaba a realizar "descubrimientos" allí donde no había ningún indicio de novedades. Finalmente el problema fue solucionado entregando los datos a matemáticos que no sabían qué era lo que estaban calculando. Los mercenarios de la filosofía que pueblan las cátedras de las universidades argentinas, expertos en el arte de montar a la juventud universitaria en la nube de flatulencias del relativismo a ultranza, se hacen festines con este ejemplo. Lo que no dicen es que fue mediante el propio método científico (ignorado por los caballeros de la anticencia «progre») que se solucionó el problema.

construcción del socialismo, el conocimiento de sí mismo adquiere un nuevo sentido, positivo y necesario. (...) El conocimiento de sí mismo por parte del hombre nuevo no es una autocontemplación como la de Narciso, ni una autosatisfacción o una autoadmiraación. No es ya un fin en sí, ni conduce a la desesperanza y la 'humildad' exigidas por la religión, como tampoco justifica cínicamente (a la manera 'naturalista') el desencadenamiento de los instintos anárquicos, sino que es, por el contrario, uno de los medios de la realización de los fines de la moral socialista.»⁷¹

2) Plano interpersonal

La humanidad no es un conjunto de Robinsones. La concepción individualista es un reflejo distorsionado de esta realidad objetiva, ya que niega la dependencia de todos los seres humanos entre sí, al tiempo que es un índice del aún incipiente desarrollo de la capacidad emocional de la humanidad.

En otras palabras, la capacidad emocional para tolerar la presión que implica la búsqueda de objetividad es una condición epistemológica para el conocimiento de la realidad y la actuación acorde; el ego es un obstáculo para el conocimiento de la realidad objetiva. Es la personalidad aún esclava de los temores y debilidades, por lo tanto del interés personal. La «lente» del ser humano solo puede mantenerse transparente mediante la actividad revolucionaria.

Un claro ejemplo de esto es que fue el Che quien, superando a renombrados economistas marxistas, pudo ubicar claramente la relación entre desarrollo de la conciencia y declinación del mercado y de la ley del valor; no por lo enciclopédico de su conocimiento de economía marxista, sino porque su «lente» para observar la realidad, es decir, su personalidad, estaba desprovista de todo ego.

El camino del conocimiento nos lleva muchas veces a desandar tramos, a atravesar crisis teóricas, entre las cuales el dogmatismo o la renegación del arrepentido son los callejones sin salida de los extremos. Desde esta perspectiva (que presupone el análisis sociohistórico) el oportunismo es el reflejo en la subjetividad de la actual situación en la cual se encuentra la personalidad del marxista: por un lado sosteniendo valores revolucionarios y por otro siendo presionado por una realidad adversa. En ese marco aparecen los espejismos del oportunismo en el camino, cuyo atractivo no depende de su veracidad sino del hecho de que sirven para disminuir la presión que lleva una línea consecuentemente revolucionaria.

Este es un punto que no siempre se tiene en cuenta en el debate con la burguesía

acerca del problema de la libertad. Esa clase, al ser portadora de lo más podrido de la humanidad, defiende una idea de libertad guiada por su estrechísimo modelo del mundo en el cual el sentido del deber hacia el que sufre, los valores humanos, el desarrollo de la actitud solidaria no son más que palabras huecas.

Partiendo de esta base, queda claro que en gran parte de los debates sobre el socialismo y la libertad se trafica la ideología burguesa al respecto: al comparar los aspectos formales de los sistemas políticos al margen de las condiciones concretas en las que se desarrollaron las revoluciones del siglo XX, se termina recriminando la «falta de libertad» en el socialismo. Implícitamente, se coloca en la cúspide del concepto de libertad la triste condición en que vive el ciudadano del primer mundo, cuya amancebada existencia, como cómplice inconciente o semiconciente del imperialismo, resulta de la negociación de sus sentimientos humanos a cambio de techo, comida y turismo asegurado. Se esquiva el hecho de que en el capitalismo existió «libertad de expresión», «libertad de tránsito» o «libertad de elección» solo en la medida en que no peligraran los mezquinos intereses de la burguesía. De manera infantil se termina comprando la autoimagen complaciente que el capitalismo propagandizó de sí mismo, obnubilándose por las ilusiones fetichistas del mercado. El Che respondía a los escandalizados críticos de la revolución cubana en «El Socialismo ...», donde refiriéndose a la correlación entre coerción y libertad: «Claro que todavía hay aspectos coactivos en el trabajo, aun cuando sea voluntario; el hombre no ha transformado toda la coerción que lo rodea en reflejo condicionado de naturaleza social y todavía produce, en muchos casos, bajo la presión del medio (compulsión moral, la llama Fidel). Todavía le falta el lograr la completa recreación espiritual ante su propia obra, sin la presión directa del medio social, pero ligado a él por los nuevos hábitos. Esto será el comunismo.»

El socialismo implica la limitación del ego, su reducción a su mínima expresión. Para una personalidad egoísta, sin valores, inhibida afectivamente, insensible al sufrimiento y al calor humano, el socialismo no es más que una «cosa amarga» como bien definía Nietzsche, en cuyas páginas se encuentra resumida de la manera más clara la visión egoísta del mundo. Por ejemplo: es más evidente, más concreta, más directa para el ego la coerción que implica el racionamiento estatal de jabón que el clamor de los pueblos sojuzgados en lejanas tierras. De hecho, las presiones del primer caso dejan de ser percibidas como tales cuando se realiza el paso del ego al yo, porque en ese caso la presión del dolor de los pueblos ha sido internalizada y asumida concientemente.

En «El socialismo...», al plantear el tema del arte, el Che da otro ejemplo de las

diferentes formas de percibir la libertad desde el ego y desde el yo: «Se inventa la investigación artística a la que se da como definitoria de la libertad, pero esta ‘investigación’ tiene sus límites, imperceptibles hasta el momento de chocar con ellos, vale decir, de plantearse los reales problemas del hombre y su enajenación. La angustia sin sentido o el pasatiempo vulgar constituyen válvulas cómodas a la inquietud humana; se combate la idea de hacer del arte un arma de denuncia.» Cuando el artista es esclavo de su ego, se percibe «libre» en tanto su obra es concebida como un medio para satisfacer a ese amo. Combate la idea de hacer del arte un arma de denuncia porque falta el motor interior para ello: la percepción de la injusticia y la decisión de servir a la causa del pueblo. Sin embargo, las dulces cadenas del ego no dejan de ser cadenas: al verse limitado en su capacidad de dar y recibir amor, está condenado a una vida afectiva angustiosa, arrojado a su soledad, que a su vez es el refugio buscado para mantener su soberbia. El arte así concebido es reflejo de la debilidad del hombre, no de su fortaleza; tiene su fuente motivacional en la búsqueda egolátrica de admiración. En la atmósfera que impone la burguesía, estas formas de satisfacción individualista son parte de la vida cotidiana. Como el pez en el agua, nos acostumbramos a vivir en medio de estas manifestaciones sin poder asumir su significación profunda: en este caso, el otro es reducido a objeto que admira y que existe para entregar sus aplausos al artista. Al contrario, el arte como expresión del yo parte desde «los reales problemas del hombre y su enajenación» como planteaba el Che. El artista revolucionario no busca la admiración egolátrica, sino transformarse en vehículo de sentidos personales que están en el pueblo, pero que necesitan de su sensibilidad para ser expresados.

Claro está que el camino de la creación de un arte que «conforme al partido» no resuelve en absoluto el problema: se trata de crear sentidos personales auténticamente humanos para que surja un arte con poder de conmover. Ningún injerto artificial puede suplir esta carencia. Solo mientras la revolución se mantenga viva producirá un arte revolucionario vivo.

Se trata pues de una paradoja que no siempre es adecuadamente planteada: la personalidad estructurada desde el ego puede percibirse subjetivamente libre, pero al estar actuando sin conocimiento de las leyes que rigen el devenir de la sociedad y del espíritu humano está siendo completamente esclava de su propia ceguera. La falta de plenitud de conciencia, el sentimiento de vacío, un sinsentido vital que es malamente rellenado con consumo, viajes y sedantes; este es el precio que paga aún el esclavo más privilegiado del capitalismo desarrollado. Del otro lado, en el socialismo,

las condiciones que implican la lucha contra el imperialismo provocan situaciones que pueden ser definidas como «ausencia de libertad» cuando en realidad son la única manera de resistir la constante presión de los poderosos. Solo en este marco es posible y necesario establecer una crítica a los procesos de burocratización sin hacer concesiones al imperialismo.

Al margen del desarrollo del hombre nuevo, hablar de la vinculación entre socialismo y libertad es arrojarse en los brazos del socialreformismo, es olvidar que en la sociedad dividida en clases el ser humano es esclavo de su ego.

Con este olvido se termina elevando la figura del «ciudadano» de la sociedad burguesa a un modelo humano ahistórico y con esto traficando una eternización de los propios valores de la burguesía. Mientras que el «buen ciudadano» burgués se rige por el principio de que «mis derechos terminan donde comienzan los del otro» para la moral revolucionaria la acción del conjunto de la clase trabajadora es condición para el desarrollo de mis derechos y libertades, no un límite: «solamente dentro de la comunidad -dice Marx en La Ideología Alemana- es posible la libertad personal.»⁷² Desde esta perspectiva, «ciudadanos libres» serían los que votaron a Hitler, a los presidentes norteamericanos que llevan la destrucción alrededor del mundo, o a los derechistas europeos que prometen más racismo y exclusión hacia los pueblos tercermundistas.